FRANZ CUMONT

ZODÍACO

Una historia milenaria

SIRUELA
BIBLIOTECA
DE ENSAYO

Franz Cumont

ZODÍACO

Una historia milenaria

Traducción del francés
de Lorenzo Luengo

Siruela

Biblioteca de Ensayo 81 (serie menor)

Edición en formato digital: enero de 2023

Título original: Zodiacus
© De la traducción, Lorenzo Luengo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-34-8

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Orígenes

I **Difusión del zodíaco**
Egipto
La esfera bárbara
Transmisión a los pueblos asiáticos
Grecia
Roma

II **Las representaciones del zodíaco**
Monumentos astronómicos
Monumentos astrológicos
Los calendarios, los doce meses y los doce dioses
Monumentos religiosos
El zodíaco y la magia
Los zodíacos decorativos
El zodíaco en la época cristiana

III **Tipo, características e influencia de los doce signos**
Bibliografía

El zodíaco es la zona de la esfera celeste donde parecen moverse los planetas que conocían los ancestros y que se extendía por seis grados[1] —en realidad más de siete— de cada lado de la eclíptica, la trayectoria del Sol. Esta banda oblicua (λόξος, κύκλος), es decir, inclinada respecto al ecuador, se divide en doce partes iguales o *dodecatemorias* (δωδεκατημόρια), cada una de las cuales corresponde aproximadamente a una constelación, y es a esos doce signos, *signa* o ξώδια, a que debe su nombre el zodíaco (ξωδιακός κύκλος, *signifer orbis, zodiacus*)[2]. Dado que los astrónomos situaban el comienzo del año en el equinoccio de primavera, en Aries, este fue universalmente considerado el primero de los doce signos, que son:

 Aries (Κριός, *Aries*), Tauro (Ταῦρος, *Taurus*), Géminis (Δίδυμοι, *Gemini*), Cáncer (Καρκίυος, *Cancer*), Leo (Λέων, *Leo*), Virgo (Παρθένος, *Virgo*), Libra (Ζυγός, *Libra*), Escorpio (Σκόρπιος, *Scorpio*), Sagitario (Τοξότης, *Sagittarius*), Capricornio (Αἰγόκερως, *Capricornus*), Acuario (Ὑδροχόος, *Aquarius*), Piscis (Ἰχθύες, *Pisces*).[3] Sus nombres han sido reunidos en dos versos mnemónicos[4]:

Sunt Aries, Taurus, Gemini, Cancer, Leo, Virgo,
Libra, Scorpius, Arcitenens, Caper, Amphora, Piscis.

1 Manilio, *Astronomica,* I, 680: «Se extiende trescientos sesenta grados en longitud y doce en anchura, en la que encierra los planetas de variadas órbitas». [trad. Francisco Calero y María José Echarte, Barcelona, Gredos, 2002].

2 Lucrecio, *De rerum natura,* V, 690; Cicerón, *De divinatione,* II, 42, 89: *signifero in orbe qui graece* ζωδιακός *dicitur;* Cicerón, *Carmina Aratea,* 317. Véase también *circulus zodiacus* o *signifer* (Gelio, *Noctes Atticae,* XIII, 9, 6; Apuleyo, *Metamorphoseon,* XI, 26), *signorum circulus* (Manilio, *Astronomica,* III, 225, etc., cf. *Thesaurus linguae latinae, s. v.* «Circulus», col. 1109, 55); *Balteus stellatus,* cf. *supra,* p. 17 e *infra,* n. 174. El griego también dice ζωδίων κύκλος (Arato, *Phaenomena,* 544: «a este círculo le dan el sobrenombre de zodíaco» [trad. Esteban Calderón Dorda, Barcelona, Gredos, 1993] así como ζωοφόρος κύκλος a resultas de una falsa etimología estoica, que veía en ello el círculo de la vida, ζωή (Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 125, n. 2; 408, n. 3; Maass, *Die Tagesgötter,* 1902, p. 122-ss). Ζώδιον, al igual que στοιχέίον, designa toda constelación, independientemente de que pueda formar parte del zodíaco (Maass, *loc. cit.*); parece tratarse de una traducción del caldeo y sirio *dmû, dmûthâ:* «forma, figura, asterismo.»

3 Los signos gráficos , etcétera, que todavía hoy usamos para las constelaciones del zodíaco, ya se empleaban en los papiros y se remontan al menos a la época helena.

4 Estos versos tan frecuentemente citados no son, sin embargo, antiguos; cf. *Ausonii Opuscula,* p. 413 en la edición (7ª) de Rudolph Peiper (Leipzig, 1886).

Orígenes

Cuando la expedición de Bonaparte en Egipto brinda el descubrimiento, en los templos del Valle del Nilo, concretamente en Esna y Dendera, de varias representaciones zodiacales acompañadas de unas figuras enigmáticas, en un principio se atribuyó a estos bajorrelieves una antigüedad fabulosa, que los situaba a 15.000 o 17.000 años antes de nuestra era[5]. En 1821, el zodíaco de Dendera, considerado el monumento más venerable de la astronomía de los ancestros, fue trasladado a París. Pero, tras una célebre controversia, la crítica de Letronne despojó a estos zodíacos egipcios del falso prestigio del que habían sido revestidos y demostró, al mismo tiempo que su carácter astrológico, su fecha tardía, que en ninguno de los casos es anterior a la época romana[6]. «Lejos de albergar», concluía Letronne, «como así se había prometido, el secreto de una ciencia perfeccionada mucho antes del diluvio, lo cierto es que dichas representaciones no son más que la expresión de absurdas ensoñaciones y la prueba viviente de una de las debilidades que más han deshonrado el espíritu humano.»

Hoy está demostrado que el origen del zodíaco no debe buscarse en Egipto sino en Babilonia. Entre las figuras que este país grabó sobre las estelas (*kudurru*), cuya fecha se remonta al siglo XIV antes de nuestra era, se han identificado con total certeza las de Escorpio, Sagitario (fig. 14, p. 82), Piscis, Capricornio, Virgo, mientras que algunos otros signos —Aries, Leo, Acuario, Géminis—, han sido reconocidos en estas estelas o en las joyas procedentes de Mesopotamia con suficiente verosimilitud[7]. Los monstruos dimórficos que todavía aparecen en nuestros mapas celestes, como Capricornio, mitad cabra mitad pez, o Sagitario, un centauro que tira al arco, son, pues, productos de la imaginación oriental, que creyó verlos, junto con las imágenes de los dioses o de los animales sagrados, en los intrincados dibujos que forman las estrellas en la cúpula del firmamento. Otros asterismos, como Ophiuchus, el hombre que agarra una serpiente, se encuentran en los *kudurru* al lado de los del zodíaco, pero la astrología dio a estos últimos una importancia especial debido a que los planetas transitaban por ellos. En efecto, entre los numerosos

presagios que se desprendían del aspecto o de la posición de los astros, los proporcionados por el curso de los planetas en el seno de las constelaciones que atraviesan la eclíptica ya eran considerados especialmente significativos. Esto es lo que se desprende de numerosas observaciones anotadas sobra las tablillas de la biblioteca de Asurbanipal (siglo VII a. C.)[8]

Podemos, pues, dar por cierto que al menos la mayor parte de nuestros signos del zodíaco se corresponde con la que ya habían trazado en el cielo, en un período antiquísimo, los sacerdotes astrónomos de Babilonia. Menos sencillo resulta establecer la época en la que estos signos fueron relacionados con una división de la eclíptica en doce partes iguales de treinta grados, cada una de las cuales recorría el Sol en un mes[9]. Porque, como ya señalan los ancestros[10], las doce casillas regulares así determinadas no coinciden más que de manera harto aproximada con los signos, de muy desiguales dimensiones, de los que toman sus nombres; pero —y esto es lo único que aquí nos importa— los caldeos (Χαλδαίοι), es decir, los astrónomos y astrólogos de las épocas persa y alejandrina, probablemente ya habían llegado a este sistema científico en el momento en que los griegos trabaron contacto con ellos[11].

Los caldeos subdividían también el tiempo en ciclos de doce años, cada uno de los cuales se hallaba bajo el auspicio de un signo que le confería unas propiedades particulares. Nos informan de tales ciclos numerosas *dodecatemorias caldeas*, conservadas en griego, la más antigua de las cuales se remonta a la época de Augusto[12]. Por otra parte, ciertos textos astrológicos, como algunos fragmentos de Teucro el Babilonio, que parece haber vivido en el siglo I de nuestra era, sitúan la serie de doce horas (δωδεκκωρος) en relación con doce animales, cada uno de los cuales corresponde a un signo del zodíaco junto al cual se halla representado en el «planisferio de Bianchini» (fig. 6, p. 44)[13]. Todavía no hemos podido determinar a ciencia cierta si esta serie de animales, cuyo uso se difundió hasta el Turquestán, China y Japón, donde aún se emplea para señalar la cronología[14], es de origen egipcio, como la presencia entre ellos del ibis y del cocodrilo haría suponer, o babilonio, como otros indicios, a mi entender, parecen demostrar. Pero podemos considerar suficientemente establecido que los caldeos habían ideado un amplio sistema de *cronocratores*[15], que subordinaba a las doce constelaciones zodiacales no solamente las doce horas y los doce meses[16] sino también series de doce años, tal vez incluso de doce siglos. Basta recordar cuál era la importancia que se daba a estas constelaciones en la vida práctica y en la religión astral. Es probable que los propios

caldeos hubieran dividido la tierra conocida de su tiempo en doce regiones, y que cada una de ellas estuviera situada bajo la influencia de cada uno de los doce signos[17]. La más antigua de estas listas geográficas que conservamos en griego es bastante arcaica y se remonta verosímilmente a la época persa.[18]

5 Joillois y Devilliers, en *Description de l'Egypte. Antiquités, Mémoires* (I, 1809); véase Dupuis, *Mémoire explicatif du zodiaque* (1806), y el apéndice a su *Origine de tous les cultes,* 3ª edición (1834).

6 Letronne, *Recherches pour servir à l'histoire de l'Egypte pendant la domination des Grecs et des Romains,* París (1823), p. 450-ss, y *Observartions critiques et archéologiques sur l'objet des représentations zodiacales qui nous restent de l'antiquité,* París (1824). Biot, en «Mémoire sur le zodiaque circulaire de Denderah» (*Mémoires de l'Institut Royale de France*, Académie des Inscriptions et belles-lettres, vol. XVI, 2, p. 1-ss; 1846), trataba aún de situarlo en el siglo VIII a. C. Letronne no tarda en responderle con su *Analyse critique des representations zodiacales de Denderah et d'Esnéh* (*ibid.* p. 102-ss).

7 Boll, *Sphaera* (1903), p. 197-ss; Jastrow, *Die Religion Babyloniens* (1912), II, p. 437-ss; Jeremias en Roscher, *Lexikon der Mythologies, s. v.* «Sterne», col. 1446-69 (interpretaciones a menudo dudosas). Para Libra, cf. *supra,* p. 9 e *infra,* n. 79.

8 Jastrow, *Die Religion Babyloniens,* II, p. 679-ss.

9 Este zodíaco solar parece haber sido el sucesor de un zodíaco lunar, compuesto por 27 o 28 casas, que podemos encontrar entre los árabes, los hindúes (*supra,* p. 8 e *infra,* n. 70) y los chinos; cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 55-ss; Boll, *Sphaera,* p. 333, n. 2.

10 Gémino, Εἰσαγωγή εἰς τὰ Φαινόμενα (*Introducción a los fenómenos*), 1, etc.

11 El testimonio de los autores griegos no deja dudas: Sexto Empírico, *Adversus astrologos,* 5 (división en ζωδια, cada αώδιον en 30 μοϊραι, cada μοϊρα en 60 λεπτά); Diodoro Sículo, Βιβλιοθήκη ἱστορική (*Biblioteca histórica*), II, 30, 7; Filón de Alejandría, *De Abraham,* 15, 70 (IV, p. 17 Cohn), etcétera. Esto ha sido confirmado por las tablillas cuneiformes, que demuestran que la división del cielo en 360 grados y doce signos se empleaba por lo menos desde el siglo VI; cf. Boll, *Sphaera,* p. 186, y *supra,* p. 8-ss.

12 *Dodecaeteris Chaldaica:* Ceusorin, *De die natali,* 18, 6. Cf. *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* vol. II, p. 139-ss; vol. III, p. 30; vol. V.1, p. 171, 241; y Boll, *Sphaera,* p. 329-ss;

Heeg, *Die angeblichen orphischen* «Εργα καί ήμέραι», 1907, p. 11-ss.

13 Boll, *Spahera,* p. 295-ss, y *T'oung Pao,* XIII, 1912, p. 699-718.

14 Chavannes, *Le cycle des douze animaux,* en *T'oung Pao,* VII, 1906, p. 51-122.

15 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 487-ss.

16 Para la asociación de doce meses y doce divinidades en los signos del zodíaco, cf. *supra,* p. 14-ss.

17 Jastrow, *Die Religion Babyloniens,* II, p. 506.

18 Cumont, *La plus ancienne géographie astrologique,* en *Klio,* IX, 1909, p. 272-ss.

Difusión del zodíaco

El zodíaco es, pues, una creación de los sacerdotes astrónomos de Babilonia; procedente de sus escuelas sacerdotales, siguió conservando de este primer origen un doble carácter científico y religioso, o, si así lo preferimos, supersticioso. Sirvió de base a las observaciones de los astrónomos, que anotaron la posición de los planetas valiéndose de estas doce casas, y a las predicciones de los astrólogos, para los cuales sus asterismos y los siete planetas eran las fuentes principales de las influencias que actuaban sobre la tierra. Al mismo tiempo fue objeto de culto en las religiones astrales, que divinizaron sus doce constelaciones. Aunque los sabios griegos tuvieron conocimiento de ello a partir del siglo VI, es solamente con la difusión de la astrología y de la astrolatría semíticas como el zodíaco llegó a popularizarse y verse multiplicado en los monumentos que lo representaban.

Sobre Siria, por encima de cualquier otra región, pesó el ascendiente del clero babilonio, y el paganismo semítico se transformó en una religión astral donde los Baales, antiguos señores de tribus y de ciudades, transmutados en dioses solares, dirigían el coro de las estrellas[19]. Ciertamente, desde el período helenístico tanto sus sacerdotes como sus fieles mostraron una férrea dedicación por la astrología caldea[20], cuyo poder lo atestiguan numerosos monumentos. Especialmente característica es una tabilla de barro cocido, fechada en esta época, que fue exhumada de las ruinas de Gézer, en Palestina: dicha tablilla contiene reproducciones de varios signos del zodíaco, tal vez copiados de un *kudurru,* y el sello que sirvió para imprimirlos es, manifiestamente, de origen mesopotamio[21]. Si bien no es seguro que esos grupos de estrellas aparezcan nombrados en el Antiguo Testamento[22], sabemos al menos que los fariseos, que no habían escapado al contagio astrológico, tradujeron su nombre al hebreo[23], y el simbolismo de los exégetas helenizados pretendió ver en los doce panes de la proposición los emblemas de los asterismos del zodíaco y de los meses del año, así como en el candelabro de siete brazos los de los planetas y de los días de la semana[24]. Al norte de Siria, la dinastía de Comagene, que afirmaba descender de Darío, parece haber sostenido una profunda fe en el poder de las estrellas. Antíoco I hizo

colocar sobre su túmulo monumental, elevado sobre un espolón de Tauro, un bajorrelieve que muestra su carta de genitura (97 a. C.), donde los planetas Júpiter, Marte y Mercurio, reunidos en la constelación de Leo, presagiaban los altos destinos del niño real (fig. 1)[25]. También fue grabado el signo de Leo en sus monedas[26]; sus sucesores Antíoco IV Epífanes (38-72 d. C.) y Calinico (72 d. C.) grabaron a su vez los signos de Escorpio y Capricornio no solo en las monedas de Comagene sino también en las de las ciudades de Cilicia que durante un tiempo estuvieron bajo su poder[27]. En el techo del pronaos del templo del Sol de Palmira se puede ver la imagen de Saturno, rodeada de las de otros seis planetas, cada una de ellas asociada a un signo del zodíaco: probablemente se trata de la carta de genitura del monumento[28], porque se consultaba a los astrólogos para conocer la hora favorable tanto en la fundación de edificios como de las ciudades[29]. También en la época romana, numerosas ciudades de Siria seguían marcando sus monedas con el signo que presidía el mes en que habían sido fundadas: Antioquía y Ciro con Aries, Zeugma con Capricornio[30].

ΣΤΑΒΡΩΝΑΠΟΛΛΙΝΟΣ ΨΑΕΦΙΝΔΙΟΣ

Lo mismo sucedía en las regiones vecinas: más allá del Éufrates, en Osroena, se encuentran el Acuario de Edesa, el Aries de Nísibis, el Sagitario de Resena y Singara, a veces destacando sobre un busto de la Fortuna (Τύχη πόλεως)[31]; en Fenicia, Cáncer, con una luna creciente, aparece en Arwad[32]; en Cilicia, que siempre se mostró enormemente abierta a las influencias semíticas, encontramos Capricornio en Anazarba y Augusta, Leo en Anemurium[33]. El clero estaba fuertemente ligado a una superstición culta que prometía el conocimiento del futuro. El horóscopo de Julia Domna, que pertenecía a la casta sacerdotal de Emesa, le aseguraba una unión regia[34], y su marido Séptimo Severo hizo instalar el suyo en el techo de su pretorio en el Palatino[35]. Por otra parte, las divinidades se ven representadas en mitad del círculo zodiacal para indicar que reinan sobre el cielo y consecuentemente sobre el mundo[36]. La conversión de Siria al cristianismo no la hizo renunciar a la pseudociencia cultivada en su país desde hacía muchos siglos. Así, san Efrén reprochaba a Bardesano «haber leído asiduamente los libros que versaban sobre los signos del zodíaco»[37], y no es hasta el siglo V que Isaac de Antioquía pudo confirmar que «la medicina de Dios había curado a los caldeos de la adoración» que tributaban al zodíaco[38]. No obstante, el pueblo de Harrán (*Carrhae*) persistió hasta la Edad Media en la práctica de su viejo culto sideral.[39]

Egipto

La astrología era desconocida en el Egipto de los faraones. Probablemente fue introducida en este país bajo la dominación persa, y quedó por completo asimilada durante el período ptolemaico. El que pasaba por ser el clero más conservador de todos se entregó con fervor a su estudio[40] después de haber sufrido su, por entonces, irresistible influencia, y no tardó en pretender haberlo inventado él mismo[41]. Lo cierto es que el zodíaco había adquirido en este supersticioso y erudito país un desarrollo original, y en especial las especulaciones sobre su naturaleza cobraron una nueva importancia. Hermes Trismegisto era el autor por excelencia con el que se aprendía a conocer «los doce signos, la naturaleza y la influencia de cada uno»[42]. Fueron los egipcios quienes introdujeron en la astrología el sistema de los *decanos*, es decir, de las divisiones de signos en tres partes de diez grados cada una: treinta y seis porciones que estaban consagradas

respectivamente a treinta y seis dioses siderales[43]. A mediados del siglo II a. C. aparecieron en el idioma griego unas obras atribuidas al rey Nekauba y a su consejero el sacerdote Petosiris, que pretendían revelar la vieja adivinación astral de Egipto, y en las cuales el rey y su sacerdote habrían codificado las leyes[44]. Estas obras apócrifas se convirtieron en los libros sagrados de todos los *mathematici* posteriores. El prestigio del que por entonces gozaba la pseudociencia era tal que el propio Hiparco no desdeñó ocuparse de ella.[45]

2. El zodíaco en una moneda de Alejandría.

Un testimonio elocuente del poder adquirido por la astrología en los templos del Valle del Nilo lo encontramos en los zodíacos esculpidos sobre sus muros. Los más célebres son los del gran templo de Hathor en Dendera (Tentyris), uno de los cuales, que decora circularmente una capilla de Osiris, se remonta al tiempo de Augusto o de Cleopatra (fig. 3, p. 25)[46], mientras que el otro, de forma rectangular, que vemos esculpido en el pronaos, data del reino de Nerón[47]; contamos también con los de los dos templos de Esna (Latópolis)[48] y con el de un propileo de Akhmim (Panópolis)[49], pertenecientes los tres al siglo II de nuestra era. Los frescos que decoran los mausoleos[50] y las pinturas de los féretros de madera[51] de la época romana son también, aquí y allá, representaciones del zodíaco y los planetas, cuyo objeto es recordar la inmortalidad celeste que se reserva al difunto piadosamente momificado[52]. La numismática de Alejandría prueba igualmente el poder de las creencias astrológicas en esta gran metrópolis; no solo están las monedas que nos muestran el busto de Serapis o los de Serapis e Isis, dios solar y diosa lunar, rodeados del zodíaco[53], sino también una curiosa serie de ellas, datadas en el octavo año del reino de Antonino Pío (145-146), que representan los planetas asociados a los signos donde los astrólogos ubicaron sus «domicilios»[54] (fig. 2, p. 23); posiciones que recuerdan el inicio de un nuevo ciclo sotíaco pues, según la doctrina egipcia, los planetas se encontraban en esos «domicilios» en el comienzo del mundo[55]. No hace mucho se descubrió en Egipto una placa de mármol en la que está representado el zodíaco con los doce animales del *dodecaoros*[56], los cuales aparecen también sobre el «planisferio de Bianchini» descubierto en Roma, si bien es puramente egipcio[57].

3. Zodíaco circular de Dendera.

La esfera bárbara[58]

Examinemos más atentamente el zodíaco circular de Dendera, que hoy se conserva en el gabinete numismático (fig. 3, p. 25): no cuesta reconocer en él la serie de los doce signos del zodíaco trazando un círculo oblicuo, esto es, desigualmente alejado del polo situado en el centro de la piedra. Los cinco planetas, bajo la apariencia de divinidades egipcias, ocupan las siguientes posiciones: Saturno junto a Libra, Júpiter junto a Cáncer, Marte junto a Capricornio, Venus junto a Piscis, Mercurio junto a Virgo; en otras palabras, todos ellos están representados bajo el signo en que los astrólogos ubicaban su *exhaltación* (ὕψωμα), donde adquieren su máximo de energía. En el zodíaco rectangular que decora el pronaos del templo se les encuentra, por contra, bajo los signos que eran considerados su *domicilio*. Las curiosas figuras de personajes y animales esculpidos a ambos lados del zodíaco son los *paranatelones*, es decir, las constelaciones boreales y australes que se elevan al mismo tiempo que cada uno de los signos (παραναέλλιν) y cuya influencia modifica la suya. Por último, los treinta y seis dioses de los decanos forman una suerte de perímetro alrededor de la placa circular. Tenemos así ante nosotros una representación astrológica del cielo, tal y como se concebía en Egipto al inicio de nuestra era[59].

Una serie de textos astrológicos, derivados en su mayor parte de una obra de Teucro el Babilonio, expone la doctrina de los paranatelones y, como particularidad significativa, los asterismos que allí se mencionan no son exclusivamente los que la antigüedad clásica ha legado a todos los pueblos civilizados: en lugar de las cuarenta y ocho constelaciones de Ptolomeo, encontramos aquí cerca de ciento cincuenta. Ahora bien, una parte de las nuevas figuras mencionadas en esos textos (el Labrador taurocéfalo, Isis sosteniendo a Horus niño, etcétera) se encuentra en los zodíacos egipcios. Estos sirven para ilustrar a aquellos, aquellos de comentario a estos. Es muy probable que otra parte de las constelaciones descritas por Teucro y sus sucesores haya sido tomada de los caldeos; algunas guardan relación con los cultos frigios y deben tener por patria Asia Menor.

Sabemos, por las breves menciones de los autores del pasado, que junto a la esfera griega coexistieron hasta el final de la antigüedad las «esferas bárbaras de egipcios y caldeos»[60]. En una época remota, los griegos habían recibido de Oriente al menos una parte de sus

constelaciones, pero con anterioridad al período alejandrino su uranografía ya se hallaba constituida y establecida por una tradición secular. Aprendieron entonces a conocer un nuevo mundo de dioses, de monstruos siderales, a los cuales los pueblos extranjeros atribuían poderosas virtudes. El gusto por la erudición que distingue esta época indujo a los estudiosos a interesarse en ello, al tiempo que la astrología popularizaba dicho conocimiento entre sus numerosos adeptos. Tan exóticas figuras poseen aquí aproximadamente el mismo rol que los «nombres bárbaros» en las invocaciones mágicas. Un gramático de la Bitinia, Asclepíades de Mirlea, que enseñaba en Roma en la época de Pompeyo, fue, hasta donde sabemos, el primero que escribió sobre este asunto[61]; acudiendo a todas las fuentes y yuxtaponiendo los mitos y los tipos siderales de los griegos y de los orientales, se erigió como ejemplo de un sincretismo que más tarde adoptaría la mayor parte de sus émulos, y que volveremos a encontrar aun en los monumentos egipcios. En la misma época, un senador romano apasionado por las ciencias abtrusas, Nigidio Fígulo, fue el primero en escribir un libro en latín sobre la *sphaera Barbarica* y otros dos sobre la *sphaera Graecanica*[62]. En época de Augusto, el poeta Manilio, en su libro quinto, donde expone, no sin alguna torpeza, la teoría de los paranatelones[63], parece inspirarse en las investigaciones de Asclepíades. Por último, y ya al parecer en el siglo I, Teucro escribió en griego el tratado que habría de servir de repertorio para astrólogos posteriores. Y es que, si bien las constelaciones bárbaras sufrían el repudio de la ciencia helénica (su más ilustre representante, Ptolomeo, nunca las menciona), la astrología no cesó de concederles un importante lugar en sus especulaciones hasta la época bizantina, cuando, tras hablar del zodíaco, abordó la teoría de sus paranatelones[64]. La obra de Teucro fue incluso traducida al persa, sin duda hacia el 542, por orden de Corsoes I Anusharvan, y sus doctrinas se propagaron a lo largo y ancho del mundo árabe y, por su mediación, regresaron después de un largo rodeo a Europa, sin que la Edad Media sospechara su origen primero.

Transmisión a los pueblos asiáticos

Sabemos que la astrología fue adoptada junto a la astronomía por los árabes y que la cultivaron todos los pueblos mahometanos[65]; el fatalismo islámico se armoniza más fácilmente con ella que la teología cristiana. Los astrólogos árabes asimilaron la mayor parte de sus doctrinas de sus predecesores griegos, cuyas obras tradujeron, pero

también se valieron de los escritos de los hindúes[66] y recogieron tradiciones autóctonas que perduraban en Mesopotamia[67], en particular entre los harranianos. No sorprende, pues, que encontremos en Oriente numerosas representaciones del zodíaco y de los planetas que merecerían ser sometidas a un análisis crítico y a un estudio sistemático[68]. Pero no es este el lugar para abordar semejante investigación, como tampoco para tratar la historia de la transmisión de los doce signos en Persia[69] y la India[70] y hasta China y Japón[71].

Grecia

Se considera que fue Anaximandro en el siglo VI a. C. quien primero trazó sobre la esfera el círculo oblicuo del zodíaco en el que Cleostrato de Ténedos habría marcado los signos, entre otros los de Aries y Sagitario[72]. Otra tradición atribuye esta invención a Oinópides de Quíos, que vivió a finales del siglo V a. C.[73] Cuando menos introdujeron en la ciencia griega representaciones directa o indirectamente asimiladas de la astrología babilonia. Del mismo modo, hacemos fechar en Calipo de Cícico (siglo IV a. C.) la división en dodecatomorias idénticas, distintas de las constelaciones zodiacales[74]; pero Calipo solo hizo adoptar un sistema de medición que ya habían empleado los caldeos[75]. La descripción más antigua que nos ha llegado de dichas constelaciones, ya que solo conocemos la de Eudoxo de Cnido por los fragmentos de Hiparco[76], es la que se encuentra en los *Fenómenos* de Arato (circa 270 a. C.); pero no hay duda de que los astrónomos anteriores, cuyas obras se encuentran perdidas, ya se habían ocupado de ello. Es, probablemente, siguiendo una costumbre ya clásica que, en el siglo I antes de nuestra era, Gémino abriera su *Introducción* con un capítulo Περι τοῦ ζωδιακοῦ κύκλου («sobre el círculo del zodíaco»)[77].

Cabe señalar que esos astrónomos griegos, Eudoxo, Arato, Hiparco, tal vez incluso Gémino[78], contaban en realidad no doce signos, sino once. Las pinzas (Χηλαί) de Escorpio ocupaban el lugar de Libra. Aunque esta sea de origen babilonio[79], no es hasta el siglo I a. C. que pasó a ser el signo del equinoccio de otoño, cuando la noche y el día se equilibran[80].

De hecho no contamos más que con una información insuficiente para determinar las transformaciones que los griegos infligieron al zodíaco oriental. Sabemos que no tardaron en contar con esferas celestes que empleaban para la enseñanza de la astronomía[81]. En la construida y comentada por Eudoxo de Cnido estaban marcados el

polo norte, la banda oblicua del zodíaco y demás asterismos que eran visibles en Grecia[82]. En el siglo IV a. C., el cómico Alexis describe incluso un plato ornamentado que representaba un hemisferio con diversas constelaciones, Escorpio y Piscis entre ellas[83]. Pero no hemos conservado reproducción del zodíaco alguna que preceda a la época romana[84]. Antes de Alejandro, Grecia resultaba poco menos que impenetrable a las religiones orientales, y rechazó la astrología; el zodíaco perduró como un sistema científico, limitado a la escuela, pero que al público general preocupaba poco. La situación cambió tras la conquista de Asia, cuando el estoicismo reconoció la divinidad de sus asterismos[85] y la genealogía caldea empezó a encontrar adeptos entre los helenos. Al comienzo del siglo III a. C., Demetrio Poliorcetes ordenó que le confeccionaran un atuendo real a la manera oriental; en su clámide estaba tejida, en hilos de oro, una imagen del cielo estrellado con los doce signos[86]: esa era su forma de indicar que era el dueño del mundo. Hacia la misma época, el filósofo cínico Menedemo de Eretria, disfrazado de Furia, disponía el zodíaco alrededor de su tocado[87]. Sabemos que Homero, al describir el escudo de Aquiles, dijo que figuraban en él todos los astros que coronan el cielo[88]; los artistas que, siguiendo la explicación del poeta, quisieron ilustrar este célebre escudo hicieron que el zodíaco apareciese representado a guisa de cenefa[89], un motivo ornamental que se empleó también en el escudo atribuido a Alejandro[90]. Todas esas reproducciones demuestran hasta qué punto se habían popularizado las imágenes del zodíaco en la época helenística. Pero el monumento más notorio donde este aparece es el calendario litúrgico de Atenas, sobre el cual volveremos[91]. En un curioso bajorrelieve de Argos aparece Selene, o tal vez la Virgen de Luz de los gnósticos, rodeada de los doce signos y de los siete planetas, acompañados de una inscripción mágica compuesta por siete nombres bárbaros (fig. 4, abajo)[92].

Las monedas imperiales de Tracia y de Asia Menor, donde Zeus aparece también en el círculo del zodíaco, son otro indicio de la difusión de la religión astral en el mundo helénico durante la época romana.[93]

J E

Roma

Los romanos adoptaron el zodíaco desde el momento en que siguieron la escuela de los sabios alejandrinos. Hacia el final de la República, como hemos visto[94], Nigidio Fígulo compuso dos libros sobre la *sphaera Graecanica,* y Varrón, en su *Res rusticae,* se interesó en las relaciones que vinculaban al zodíaco con la agricultura[95]. Los *Fenómenos* de Arato fueron traducidos o parafraseados por Cicerón[96] y por Germánico, que interpoló en dicha obra (v. 520-ss) una descripción particular del zodíaco. Bajo Tiberio, Manilio, en su poema astrológico, trata con detalle la influencia de los doce signos. Sus más antiguas imágenes de fecha probada son contemporáneas de esos autores: se las coloca encabezando los doce meses en los «calendarios rústicos» del final de la República y del comienzo del Imperio[97]. Con el triunfo de los cultos orientales y de la astrología, sus representaciones se multiplican tanto en Italia como en las provincias. Dichos signos aparecen por todas partes, reunidos o aislados, en los bajorrelieves, los mosaicos, las monedas, las piedras grabadas, las joyas[98]. No nos es posible describir aquí todas esas figuras, pero enumeraremos las más importantes clasificándolas según su significado, que puede ser astronómico, astrológico o religioso.

19 Cf. Cumont, *Religions orientales,* 2ª ed., p. 183-ss, 197.

20 *Ibid.,* p. 397, n. 57.

21 Macalister, *The excavations of Gezer,* II, 1912, p. 346; cf. «Quarterly statement of the Palestine Exploration Fund», 1908, p. 24-ss.

22 Algunos intérpretes traducen así la palabra *mazzaróth* o *mazzalóth* (Job, 38, 32; *Reyes,* II, 23, 5), pero este significado es muy dudoso; cf. Schiaparelli, *Die Astronomie des alten*

Testaments, 1904, p. 68-ss.

23 Epifanio, *Adversus haereses,* 16, 2.

24 Flavio Josefo, *Bellum Iudaicum,* V, 5, 217; VII, 5, 149; *Antiquitatum Iudaicarum,* III, 7, 182.

25 Humann y Puchstein, *Reise in Nord-Syrien,* Berlín, 1891, fig. XI y p. 333. El momento indicado sería el de la concepción (17 de julio, 97 a. C.), pero cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 373, n. 2; 439. A partir de la publicación de Vecio Valente (I, 22, p. 45, 27, en la edición de Kroll), sabemos que Ζεύς Ἄρης Ἑρμής ἀποτελοῦσιν βασιλιά ἡ πολιτικά πράσσοντας.

26 Babelon, *Catalogue des monnaies grecques de la Bibliothèque Nationale. Rois de Syrie,* 1890, p. 218, n. 6.

27 *Ibid.,* p. 8-ss; 219, n. 21-ss; 221, n. 32-ss; 222, n. 39, n. 43; *Inventaire de la Collection Waddington,* nº. 4800, fig. XIII, 3 (Cietis). Probablemente Escorpio no sea aquí el signo del horóscopo real sino de Comagene.

28 Wood, *Ruins of Palmyra* (1753), fig. XIX A; cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 228.

29 *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* V.1, p. 418, n. 2; cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 368-ss.

30 Wroth, *A Catalogue of the Greek coins in the British Museum: Galatia, Cappadocia and Syria* (1899), p. 166-ss. (Antioquía: cf. De Witte, «Revue numismatique», 1844, p. 11), 137 (Ciro), p. 126 (Zeugma).

31 Head, *Historia numorum,* 2ª ed. (1911), p. 815-ss.

32 Francis, *Catalogue of the Greek coins in the British Museum: Phoenicia,* p. XXXVII y fig. XLV, 6.

33 Francis, *Catalogue of the Greek coins in the British Museum: Lycaonia, Isauria, Cilicia,* 1900, p. 35, 37, 39 (Anazarba); 44 (Augusta). Puede que Capricornio sea aquí el signo de Augusto (cf. *supra,* p. 13-ss); 42 (Anemurium).

34 *Vita Severi,* 3, 8.

35 Dión Casio, *Historiae Romanae,* LXXVI, 11.

36 Zodíaco que circunda un templo de Ártemis en Ptolemaida (Francis, *op. cit.,* p. LXXXIV); Astarté rodeada por el zodíaco en Sidón (*ibid.* p. 187). Igualmente en Egea, cabeza de la Medusa en el zodíaco (Müller y Wieseler, *Denkmäler der alten Kunst,* II, fig. LXXII, n. 920). Acerca de este tipo de moneda, cf. *supra,* p. 18 e *infra*, n. 186.

37 Nau, *Patrologia Syriaca,* II, 1907, p. 499; para los nombres arameos de los signos, cf. Nöldeke, «Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft», XXV, 1871, p. 256-ss.

38 Isaac de Antioquía, XI, 242-ss (p. 217 Bickell): *Medicina Dei sanavit populos ab aegritudine idolatriae, per illam sanati sunt Chaldaei ab adoratione signorum zodiaci.*

39 Chwolsohn, *Die Ssabier* (1856), *passim.* Acerca de un epigrama del siglo IV o V, que habría sido hallado bajo un zodíaco de Beerseba, en Palestina, pero cuya interpretación resulta dudosa, cf. Schmidt y Charles, «American Journal of Archaeology» (1910), p. 66 = «Revue des études grecques» (1912), p. 66.

40 Boll, *Sphaera,* p. 372-ss; Otto, *Priester und Tempel im hellenistischen Aegypten,* II, 1908, p. 225.

41 Cicerón, *De divinatione,* I, 1, etc.; cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 51, n. 1.

42 Juliano de Laodicea en Palchum, *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* V (*Romani*), I, p. 188, 24.

43 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 255-ss; cf. Brugsch, *Thesaurus inscriptionum Aegyptiacarum* (1883), I, p. 131-94; Daressy, «Annales du service des Antiquités de l'Égypte», (1900), I, p. 79-90; Lacau, *Sarcophagues antérieurs au Nouvel-Empire,* II, p. 104-89. Acerca de los decanos en Occidente, cf. *supra,* p. 12 e *infra,* n. 130, y sobre su transformación en demonios, *supra* p. 19 e *infra,* n. 211.

44 *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* VII, p. 29-ss.

45 Boll, «Byzantinische Zeitschrift» (1899), p. 525-ss; «Byzantinische Zeitschrift» (1902), p. 140.

46 Letronne, *Analyse critique,* fig. I; Boll, *Sphaera,* fig. II y III y p. 159-ss. Las inscripciones se encuentran en Brugsch, *Thesaurus inscriptionum Aegyptiacarum* (1883), I, p. 131-ss.

47 Letronne, *op. cit.,* fig. II; Boll, *op. cit.,* fig. IV.

48 Letronne, fig. III y IV (pórtico del gran templo de Esna y techo del templo al norte de Esna).

49 Pococke, *A description of the East* (1743), I, p. 77; cf. Boll, *Sphaera,* p. 302, n. 5.

50 Flinders Petrie, *Athribis* (1908), fig. XXXVI-XXXVIII.

51 Momia Caillaud (época de Trajano); Letronne, *Observations critiques et archéologiques sur l'objet des représentations zodiacales* (1824); féretro de un sacerdote de Amón (época romana); Brugsch, *Recueil de monuments égyptiens* (1862), I, fig. XVII y p. 30-ss. A ambos lados del cielo se ven los doce signos con los cinco planetas y las doce horas del día y de la noche; cf. Maspéro, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique,* I, p. 89; cf. p. 205.

52 Cf. *supra,* p. 19.

53 Poole, *Catalogue of the Greek coins in the British Museum: Alexandria* (1892), fig. XII, cf. p. LVI; cf. Millin, *Galerie mythologique,* XXIX, nº 90; Thiele, p. 68; Dattari, «Rivista italiana di numismatica» (1901), p. 166. Acerca de este tipo, cf. *supra,* p. 17.

54 Poole, *loc. cit.*; Svoronos, «Journal international d'archéologie numismatique», II, 1899, p. 78-84, fig. VI; Boll, *Sphaera,* p. 230. Nuestra fig. 2 proviene de Duruy, *Histoire des Romains,* VI, p. 97.

55 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 185.

56 Daressy, «Recueil de travaux relatifs à la philologie et à l'archéologie égyptiennes et assyriennes», XXIII, 1901, p. 126; Boll, *Sphaera,* p. 305. Acerca del «dodecaoros», cf. *supra,* p. 3-ss.

57 Cf. *supra,* p. 12. Reproducimos más adelante (p. 13) una anotación del horóscopo según un grafito del Memnonium de Abidos.

58 La naturaleza y la historia de la «esfera bárbara» han sido explicadas por Boll, *Sphaera*; cf. «Revue archéologique» (1903), I, p. 437-ss.

59 Boll, *Sphaera,* 232-244.

60 Proclo, *In Platonis Rem Publicam Commentarii,* II, p. 318, 11 Kroll; cf. Boll, *Sphaera,* p. 364-ss.

61 *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* V, 1, p. 188, 22; cf. Boll, *Sphaera,* p. 544-ss; Müller, *De Asclepiade Myrleano,* Leipzig (1903), p. 22-ss.

62 Nigidio Fígulo, *Reliquiae,* ed. Swoboda (1889), p. 26-ss; cf. Boll, *Sphaera,* p. 350-ss.

63 Manilio solo menciona dos constelaciones bárbaras: *Haedus* (V, 312) y *Fides* (V, 410).

Julio Fírmico Materno, en *De Nativitatibus sive Matheseos*, VIII, 5-ss, se limita a parafrasear, en su prosa ampulosa, los bellos versos de Manilio.

64 Estos textos astrológicos (Teucros, Antíoco de Atenas, Vecio Valente, I, 2 Kroll, Retorio, Camatero, etc.) han sido recogidos y comentados por Boll, *Sphaera,* p. 5-ss, 465-ss.

65 Nallino, *Encyclopédie de l'Islam, s. v.* «Astrologie»; Suter, *Die Mathematiker und Astronomen der Araber* (1900); cf. *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* V (*Romani*), 1, p. 86-ss.

66 Cf. *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* p. 156.

67 Cf. Saxl, «Der Islam», III (1912), p. 152-ss.

68 Una lista bastante incompleta de los zodíacos orientales la proporciona Gaedechens, *Der marmorne Himmelsglobus zu Arolsen* (1862), p. 52-ss; cf. Chwolsohn, *Die Ssabier* (1856), II, p. 661; Thiele, *Himmelsbilder* (1898), p. 44. El monumento más notable de toda la serie es el puente de Cizre, en las proximidades de Mosul, que se remonta al siglo XII: está decorado en altorrelieves que muestran (como sucede en Dendera) los planetas situados en los signos del zodíaco donde tienen su exaltación (K. Preusser, *Nordmesopotamische Baudenkmäler,* Leipzig, 1911, fig. 38-40). En el cobre, sin embargo, los planetas y los signos del zodíaco se combinan casi siempre siguiendo el sistema de casas (cf. *supra,* p. 7; Sarre y Van Berchem, *Das Metallbecken des Atabeks Lulu von Mossul,* en «Münchener Jahrbücher der bildenen Kunst», II, 1907, p. 180, fig. 156). Lo mismo sucede con un espejo del siglo XIII descrito por Reinaud, *Monuments arabes et persans du cabinet du Duc de Blacas,* vol. II, París, 1828, p. 400-ss. Los selyúcidas y los mogoles acuñaron numerosas «monedas zodiacales»; cf. Lane Poole, «Introducción» a *Catalogue of Oriental coins in the British Museum,* 1877, vol. III, e «Introducción» a *The coins of the Moghul emperors of Hindustan in the British Museum,* 1892, p. LXXIX-ss; Ghalib Edhem, *Catalogue des monnaies turcomanes du Musée Impérial Ottoman,* Constantinopla, 1894 (ilustraciones). (Nota facilitada por Max van Berchem).

69 En los libros sagrados del mazdeísmo, los pasajes que se refieren a los planetas y al zodíaco se inspiran en la religión babilonia; cf. Spiegel, *Erânische Altertumskunde,* v. II, p. 75; Darmesteter, *Ormuzd et Ahriman* (1877), p. 276. La literatura pahlaví da los nombres de los doce signos (*Boundahish*, II, 2; p. 11, trad. West; *Minókhard,* VIII, 17; p. 34, trad. West).

70 Tras el zodíaco lunar (*supra,* p. 3 y n. 9) de 27 o 28 constelaciones (*nakṣatra*), los hindúes adoptaron el zodíaco solar, que sin duda provenía de Occidente; cf. Mollien, *Recherches sur le zodiaque indien,* en «Mémoires présentés par divers savants à l'Académie des Inscriptions et belles-lettres», 1ª serie, vol. III (1853), p. 240-ss.; Thibaut, *Astronomie, Astrologie und Mathematik* (en *Grundriss der indo-arischen Philologie*), 1899, p. 25 y 31-ss.; Boll, *Sphaera,* p. 342-ss.

71 Cf. *supra,* p. 3-ss. a propósito del «dodecaoros»; Boll, *Sphaera,* p. 326-ss.

72 Plinio, *Naturalis Historiae,* II, 31; cf. Boll, *Sphaera,* p. 191-ss.

73 Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker,* 3ª ed., v. I, p. 297, ns. 7, 10. Cf. *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* V, III, p. 95, 13.

74 Tannery, *Recherches sur l'histoire de l'astronomie ancienne* (1893), p. 131.

75 Cf. *supra,* p. 3.

76 Hiparco, *In Arati et Eudoxi Phaenomena commentarii* (ed. Manitius, 1894), II, 2-ss. La que ha sido considerada la «esfera de Empédocles» parece ser en realidad una contaminación de Arato y Eudoxo; cf. Wieck, *Sphaera Empedoclis quae dicitur,* 1897.

77 Gémino, «Introducción» a Εἰσαγωγή εἰς τὰ Φαινόμενα, ed. Manitius, 1898.

78 *Ibid.,* «Apéndice», p. 263, n. 15.

79 Boll, *Sphaera,* p. 186-ss.

80 El primero que lo menciona es Varrón, *De lingua latina,* VII, 16. Cf. *supra,* p. 22-ss.

81 Tales habría sido el primero en realizar una esfera sólida (Cicerón, *De republica,* I, 14, 22), y después Anaximandro (Diels, *Vorsokratiker,* 3ª ed., p. 14, 10). Otros textos atribuyen esta «invención» a Museo o Atlas; cf. Fabricius-Harles, *Bibliotheca Graeca,* V, p. 299.

82 Cicerón, *loc. cit.*; cf. Tannery, *Mémoires scientifiques*, editado por Heiberg y Zeuthen, vol. II, 1912, p. 247-ss.; Hultsch en Pauly Wissowa, *Realencyclopädie, s. v.*, «Eudoxos», col. 944 y 950; Bethe, «Rheinisches Museum», LV (1890), p. 419-ss. Acerca de la correspondencia entre los doce meses y los doce dioses, cf. *supra,* p. 14-ss.

83 Alexis de Samos en Ateneo, II, 60; cf. *supra,* p. 20.

84 Es probable que un ánfora ática, hallada en Ruvo di Puglia, en la que se ve a Atlas sosteniendo un globo con la banda zodiacal, esté restaurada (Furtwängler, en Roscher, *Lexicon,* vol. I, 1, p. 710), pero Thiele describe un fragmento de una esfera de mármol encontrada en Larissa en *Himmelsbilder,* p. 171.

85 Cicerón, *De Natura deorum,* I. 14, 36.

86 Duris de Samos, en Ateneo, X, 535-ss.

87 Diógenes Laercio, VI, 102: «un gorro arcádico sobre su cabeza llevaba bordados los doce signos del zodíaco» [trad. Carlos García Gual, Madrid, Alianza, 2007]. Suidas, *s. v.,* «φαιός», atribuye esta vestimenta por error a Menipo.

88 Homero, *Ilíada,* XVIII, 485; cf. Bethe, «Rheinisches Museum», LV (1900), p. 422.

89 Conocemos esta composición únicamente gracias a las reproducciones de la época romana. Pintura de Pompeya: Graeven, *Genethliacon Göttingense,* fig. II, p. 128-ss.; Helbig, *Wandgemälde,* p. 289, ns. 1316-ss.; fragmentos de mármol descubiertos en Roma: Hellbig, *Führer Sammlungen in Rom,* 3ª ed., n. 800. Cf. Bienkowski, «Mitteilungen des Kaiserlich-Deutschen Archaeologischen Instituts», 1891, p. 197-ss.

90 Medallón de Abukir: Dressel, «Abhandlungen der Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin» (1906), p. 26; Thiersch, «Jahrbuch des Kaiserlich-Deutschen Archäologischen Instituts» (1908), p. 163. Se distinguen en el borde los signos de Aries, Tauro, Géminis, Cáncer y Leo. El original reproducido se remontaría a Lisipo, pero la autenticidad de este medallón ha sido muy discutida. Rodela con las cabezas del Sol y de la Luna circundadas por el zodíaco en un medallón contorniato de Trajano: cf. S. W. Stevenson, *A dictionary of Roman coins* (1889), p. 928.

91 *Supra,* p. 14-ss.

92 Smith, *A Catalogue of sculpture in the British Museum,* III, n. 2162, fig. 26; Delatte, «Musée belge», 1913, p. 323-ss.; Strong, *Apotheosis and after life,* Londres, 1915, p. 220, 283 y fig. XXVIII.

93 Amasra: Babelon y Th. Reinach, *Recueil général des monnaies grecques d'Asie Mineure,* I, 1904, p. 155, n. 168; Nicea: *ibid.* p. 407, n. 68; Tieo: *ibid.* p. 633, n. 130. Perinto: Head, *Historia numorum,* 2ª ed., p. 271; cf. *supra,* p. 6 y n. 36, y acerca del sentido religioso, *supra,* p. 17.

94 Cf. *supra,* p. 8.

95 Varrón, *De re rustica*, I, 28; II, 1, 7.

96 Cf. sobre todo *De natura deorum,* II, 43-44.

97 Cf. *supra,* p. 14-ss. Zodíaco de Pompeya, cf. *supra,* p. 9 y n. 89.

98 Un catálogo de estas reproducciones ha sido elaborado por Gäedechens, *Dere marmorne Himmelsglobus zu Arolsen,* 1862, p. 34-ss. Se compone de noventa y tres números, pero hoy día sigue resultando muy incompleto.

II

Las representaciones del zodíaco

Monumentos astronómicos

Uno de los instrumentos de estudio que más necesarios resultaban a los antiguos astrónomos era un globo celeste que giraba en torno a su eje[99]. Es posible que los orientales ya les hubieran dado forma en barro cocido o fundiéndolos en metal[100], y ciertamente su uso se introduce en Grecia desde muy antiguo: hemos visto que Eudoxo fue el autor de una esfera en la que, en una banda oblicua, había distribuido los signos del zodíaco[101]. Hiparco está representado en una curiosa moneda de Nicea, su patria, sosteniendo el globo celeste, en el que había catalogado las estrellas[102]. Lúculo devolvió a Roma una esfera trabajada por Arquímedes[103], y Ptolomeo, en el *Almagesto,* tiene un capítulo titulado *Sobre la construcción de la esfera sólida* que muestra que esta formaba parte de los enseres habituales de la escuela[104].

La esfera más importante entre las que hemos conservado es la que lleva sobre sus hombros el célebre Atlas Farnesio[105]. Parece tratarse de una copia, ejecutada bajo Adriano, de un original que se remonta al siglo de Augusto[106]. Aquí, los doce signos aparecen representados entre otras constelaciones del hemisferio boreal y el hemisferio austral, y pueden considerarse las más antiguas representaciones conocidas. Menos interesante es el globo de mármol de Arolsen que lleva únicamente el zodíaco entre el águila y el rayo, atributos de Zeus[107], mientras que en otro, conservado en el Vaticano, la banda zodiacal se extiende por medio de veintinueve estrellas[108]. Poseemos otros fragmentos esculpidos procedentes de monumentos análogos[109], y un cierto número de esferas, con indicios más o menos sumarios del zodíaco, aparecen en bajorrelieves[110], en pinturas[111], en monedas y en piedras grabadas[112].

También se había aprendido a proyectar sobre una superficie plana la bóveda cóncava del cielo, así como la superficie convexa de la

Tierra, y a trazar las constelaciones entre los círculos astronómicos que la cortaban. No hemos conservado ninguno de esos planisferios que datan de la antigüedad, salvo el de Dendera, que es astrológico y no científico[113]. Pero los manuscritos de la Edad Media ofrecen reproducciones de esos mapas celestes, a veces copiados fielmente de modelos antiguos. El lujoso *Vaticanus* 1291 del siglo IX, que contiene las *Tablas manuales* de Ptolomeo, brinda la imagen de dos hemisferios, el del zodíaco boreal y el del zodíaco austral, divididos, no como nosotros lo hacemos, por el ecuador, sino por el coluro de los equinoccios[114], e idéntica disposición encontramos en Occidente en dos códices astronómicos de la época carolingia, prueba clara de que dicha imagen se remonta a una tradición de las escuelas romanas[115]. Ilustraciones así son únicas en su género; ya que en todos los demás casos el cielo entero, o al menos la parte que conocían los antiguos, aparece reproducido en un único gran círculo donde las constelaciones boreales están en el interior del zodíaco, al que a su vez circundan las constelaciones australes. Existen diversos planisferios publicados y descritos siguiendo un manuscrito griego y varios manuscritos latinos[116].

De gran valor es el fragmento de un disco de bronce hallado en Salzburgo, pues procede del único monumento de su clase que conocemos de la época romana. Perteneció a uno de esos *relojes anafóricos* que describe Vitruvio[117]. Todavía vemos en él, por encima de la eclíptica que sirve de límite del disco, la parte superior de Piscis, de Aries, de Tauro y de Géminis, y las constelaciones boreales vecinas, Triangulum, Andrómeda, Perseo y Auriga[118].

Muchos cuadrantes solares señalan las líneas zodiacales, es decir, los puntos que alcanza la sombra del estilo en los días en que el Sol hace su entrada en cada uno de los doce signos; por su parte, un epigrama griego describe un reloj de bronce donde esos signos están representados por imágenes doradas[119].

Los planisferios no son las únicas representaciones de esos asterismos que los manuscritos han conservado; en otros lugares se les representa con mayor detalle, bien de forma aislada, bien agrupados. El poema de Arato no tardó en publicarse en ediciones ilustradas, de modo que muchas veces los miniaturistas preferían, en palabras de un escritor del siglo III, obedecer a la propia fantasía en lugar de atenerse a los modelos[120]. No nos ha llegado ningún ejemplar iluminado del poema griego, pero, en varios manuscritos latinos, las traducciones de Germánico, de Cicerón o de Avieno, así como los escolios de los *Aratea* o la *Astronomía* de Higino o los fragmentos de los *Catasterismos,* se acompañan de unas preciosas ilustraciones que recurren a arquetipos

propios del fin de la antigüedad[121]. Los manuscritos griegos de astronomía o astrología también ofrecen imágenes pictóricas del zodíaco[122]. Reproducimos la más curiosa de estas miniaturas, tomada del Ptolomeo del siglo IX que aparece citado más arriba[123], si bien hemos podido demostrar con certeza que su composición data de la segunda mitad del siglo III (fig. 5, p. 41). Vemos en el centro, sobre fondo de oro, el Sol conduciendo su cuadriga; está rodeado de doce figuras de mujeres desnudas: se trata de las Horas, blancas si son diurnas, negras si son nocturnas[124]. A lo lejos, doce personajes, visibles hasta mitad de cuerpo y en los que se distinguen atributos diversos, representan los Meses; finalmente, pegados al borde exterior se distribuyen los signos del zodíaco. Unas inscripciones precisan la fecha del mes y la hora del día o de la noche en las que el Sol entra en cada uno de los signos, ya que tal es el objeto de esta composición astronómica.

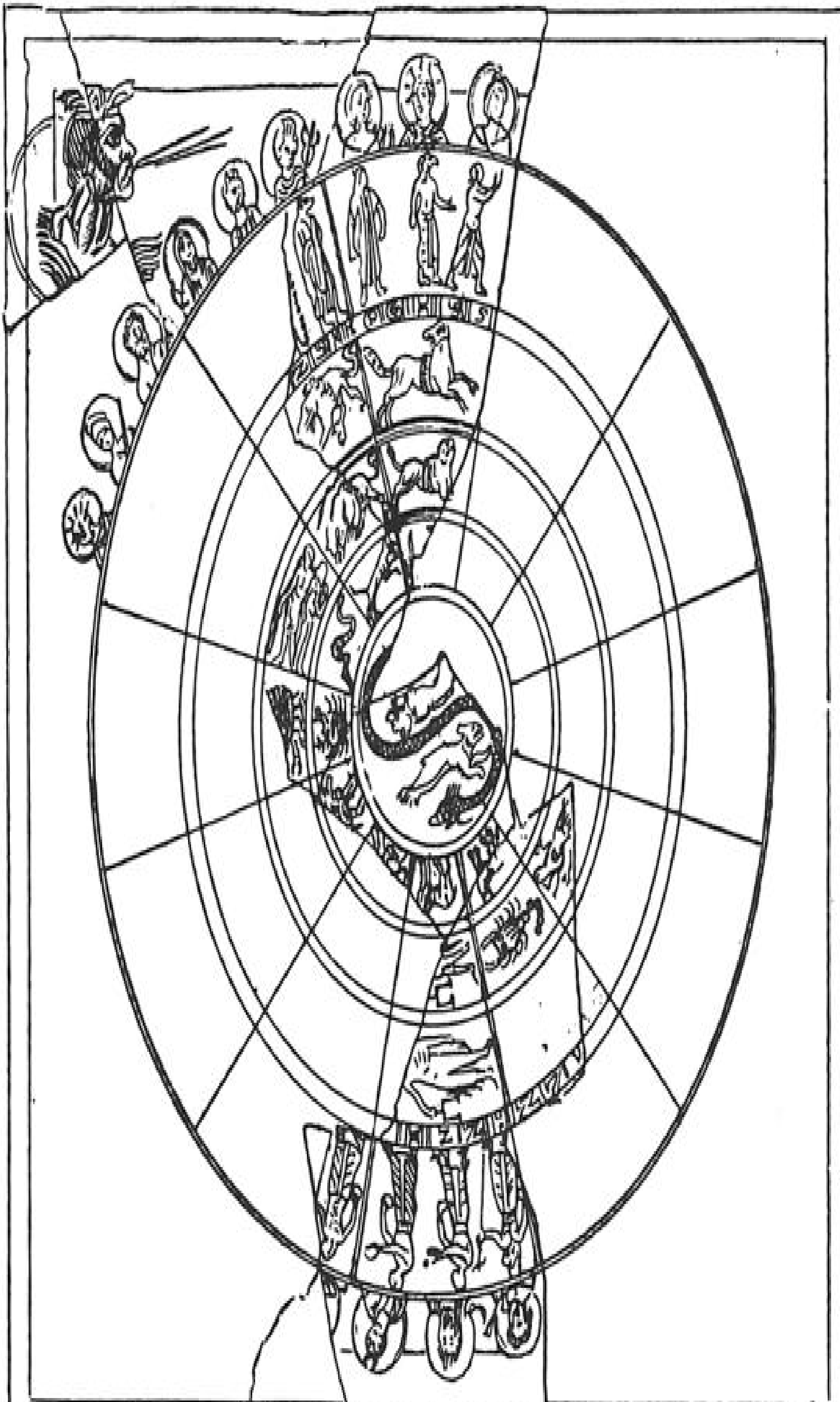
ΙΟΥΝΙΟΥ ΚΓ
ΜΑΙΟΥ ΚΒ
ΑΠΡΙΛΙΟΥ Κ
ΜΑΡΤΙΟΥ Κ
ΦΕΒΡΟΥΑΡ ΚΗ
ΙΑΝΟΥΑΡΙΟΥ ΙΘ
ΔΕΚΕΜΒΡΙΟΥ ΚΖ
ΝΟΕΜΒΡΙΟΥ Κ
ΟΚΤΩΒΡ ΚΓ
ΣΕΠΤΕΜΒΡΙΟΥ ΚΗ
ΑΥΓΟΥΣΤΟΥ ΚΔ
ΙΟΥΛΙΟΥ ΚΔ

5. Miniatura de un manuscrito de Ptolomeo.

Monumentos astrológicos

El más célebre de tales monumentos es el que llamamos muy inapropiadamente el «planisferio de Bianchini», por el nombre del sabio italiano que lo dio a conocer en un mensaje a Fontenelle (fig. 6, p. 44)[125]. Hallado en Roma sobre el Aventino, en 1705, el planisferio fue trasladado al Louvre durante el gobierno de Napoleón I[126]. Su tamaño completo abarcaba una mesa de mármol de dos pies romanos de lado (cincuenta y ocho centímetros), en la que había sido burilado un gran número de figuras repartidas en cinco círculos concéntricos, subdivididos por rayos. En las enjutas asoman los bustos de los Vientos soplando desde los cuatro puntos cardinales, una disposición que se adoptaba con frecuencia[127]. El medallón central lo ocupan las constelaciones polares, el Dragón y las dos Osas; en el círculo siguiente se sitúan los doce animales del *Dodecaoros*[128], cada uno de ellos situado cerca del signo del zodíaco con el que guarda relación; la serie de esos signos ocupaba la zona contigua, que a su vez estaba rodeada por un segundo zodíaco similar al primero, y que presentaba, como este, una curiosa mezcolanza de elementos egipcios y griegos. Encima de cada casa unas cifras señalan, siguiendo el sistema egipcio, los «confines» (ὅρια), es decir, aquellos de los treinta grados donde cada uno de los siete planetas ostenta su mayor poder[129]. Tres figuras egiptizadas, erguidas sobre cada signo, personificaban los treinta y seis decanos[130]; pero hoy no quedan más que ocho. Finalmente, aparte de la última circunferencia, una serie de bustos nimbados, situados encima de los decanos, representan los planetas (πρόσωπα) que, según se entendía, pertenecían a cada uno de ellos[131].

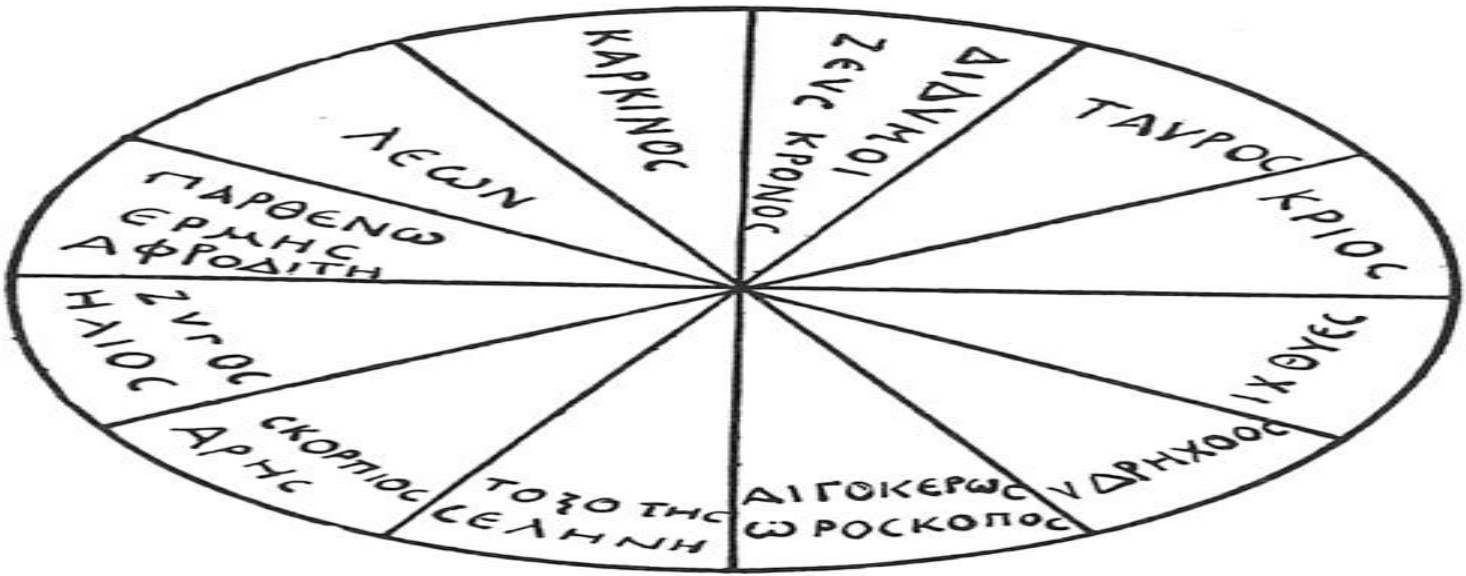
Esta mesa debió de haber tenido un uso práctico: parece haber sido destinada a facilitar el estudio de las combinaciones astrológicas; es probable que no con otro objeto fueran grabados juntos dos zodíacos idénticos, repetición de la que no se ha proporcionado una explicación satisfactoria[132].



٣٦.

6. Tabla astrológica llamada «planisferio de Bianchini».

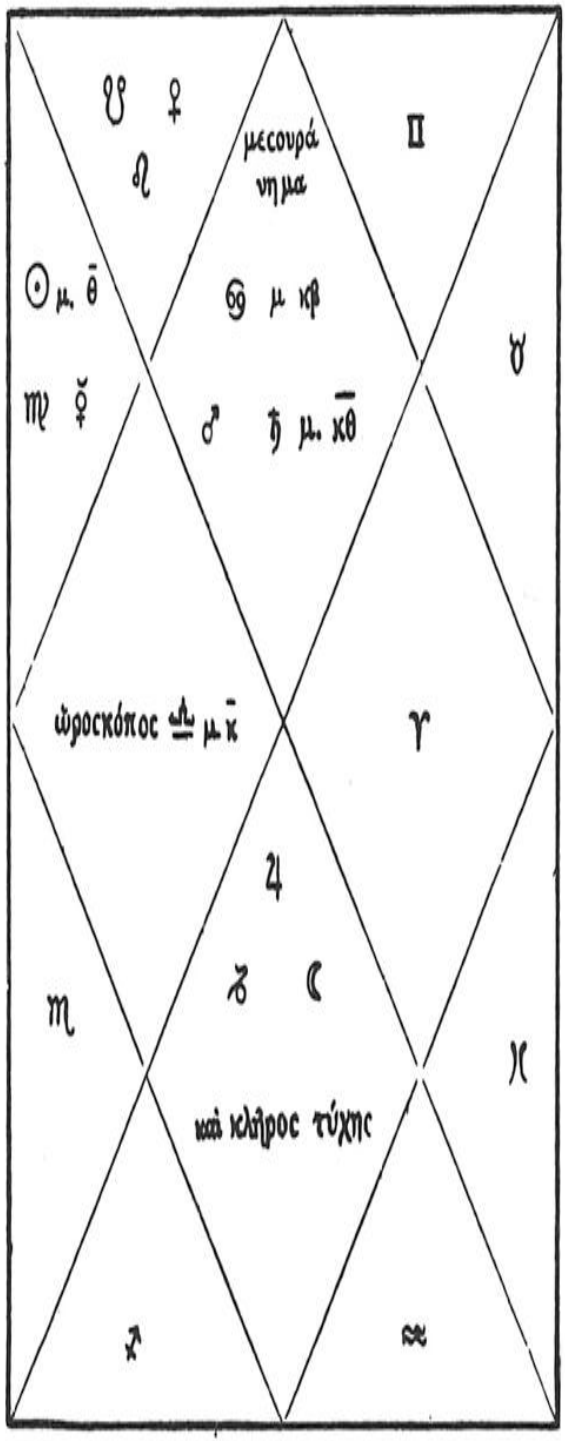
No se ha conservado en Occidente ninguna representación monumental de un horóscopo comparable a las que hemos señalado en Siria[133], aunque seguramente sí haya existido en Roma[134]. Ciertas composiciones, donde los planetas aparecen yuxtapuestos a los signos del zodíaco en unas piedras grabadas, quizá deban explicarse como indicaciones de la constelación en la que se encontraba tal estrella en un momento dado[135]. Se anotaba esquemáticamente el estado del cielo en el momento de la observación mediante el dibujo de un círculo dividido en doce secciones iguales, cada una de ellas atribuida a uno de los signos, y se inscribían los nombres de los planetas según su posición y con el añadido de la indicación del ascendente (ώροσκόπόπος), es decir, del punto que emergía en el Oriente sobre el horizonte y cuya importancia era capital (fig. 7)[136].


ΚΑΡΚΙΝΟΣ
ΔΙΔΥΜΟΙ
ΖΕΥΣ ΚΡΟΝΟΣ
ΤΑΥΡΟΣ
ΚΡΙΟΣ
ΛΕΩΝ
ΙΧΘΥΕΣ
ΠΑΡΘΕΝΟΣ
ΕΡΜΗΣ
ΑΦΡΟΔΙΤΗ
ΖΥΓΟΣ
ΗΛΙΟΣ
ΣΚΟΡΠΙΟΣ
ΑΡΗΣ
ΤΟΞΟ ΤΗΣ
ΣΕΛΗΝΗΣ
ΑΙΓΟΚΕΡΩΣ
ΩΡΟΣΚΟΠΟΣ
ΥΔΡΗΧΟΟΣ

7. Tema de genitura encontrado en Abidos.

En sus obras, los *mathematici* representaban los temas de genitura mediante un procedimiento esquemático y misterioso para los profanos. Sustituyendo el rectángulo por el círculo y la regla por el compás, trazaban una figura cuadrada u oblonga subdividida en líneas transversales, de manera que formasen doce casas en las cuales, por el sistema de notación habitual, se disponían los signos del zodíaco según su orden natural. Se distribuían entre estos los planetas según su posición, y se añadía a veces el número del grado, μ(οϊρα), e incluso del minuto en el que estaban situados. Se agregaban finalmente, en cantidad variable, otras indicaciones (ώροσκόπος, μεσουράνημα, κλήρος τής Τύγης, ascendiente, culminación superior, hado de la Fortuna, etcétera) necesarias o útiles para asegurar los pronósticos. Esas figuras aparecen de manera abundante en nuestros manuscritos; reproducimos una a título de ejemplo (fig. 8, p. 49)[137].

A menudo se limitaban a indicar el signo que presidía el mes en el que había nacido una persona, o en el cual había tenido lugar un suceso, ya que su influencia se consideraba dominante. Augusto no había nacido, pero había sido concebido en enero, bajo el signo de Capricornio, donde se encuentra la exaltación de Marte, protector de los guerreros. Se sabe que Augusto hizo colocar ese signo en las monedas[138] y nuevamente lo encontramos junto a la cabeza del emperador en el gran camafeo de Viena (*gemma Augustea*)[139]. Por si fuera poco, también hizo que Capricornio fuera el emblema de las legiones que creó. Este ejemplo fue seguido por Tiberio: Escorpio, domicilio de Marte y signo de su natividad, distinguió en adelante las cohortes pretorianas. Es posible que Tauro, Leo y Aries ornamentaran por razones análogas las insignias de otros cuerpos militares[140]. Sobre el pedestal del hermoso busto de Cómodo como Hércules de los Museos Capitolinos, aparece esculpido un globo celeste en el que figuran Escorpio, Aries y Tauro; como esos signos no se muestran agrupados según su posición astronómica, se ha supuesto que recordaban tres momentos decisivos de la vida del emperador, fervoroso adepto de las creencias orientales[141]. Se ha reconocido así con mayor o menor certeza, en diversos monumentos, el anuncio de la natividad de distintos personajes o del momento en que habían tenido lugar acontecimientos importantes[142]. Desde luego, es también por razones astrológicas que, en un candelabro de mármol conservado en el Museo del Louvre, los tres signos del otoño, Libra, Escorpio y Sagitario, aparecen unidos a Venus, Marte y Júpiter, es decir, a los tres planetas en los que, respectivamente, tenían sus domicilios[143].


μεσουρά
νημα
ὡροσκόπος
καὶ κλῆρος τύχης

8. Tema de genitura (horóscopo)
según un manuscrito vienés.

Los astrólogos subordinaban una parte del cuerpo humano a cada uno de los signos del zodíaco: la cabeza correspondía a Aries, jefe de filas de la dodécada, el cuello a Tauro, de poderosa cerviz, y así sucesivamente[144]. Esta *melotesia*, importante desde el punto de vista médico para determinar dolencias de todo género que a cada instante amenazaban a los diversos miembros y órganos, la exponen con frecuencia los doctores de la adivinación astral[145], y san Agustín incluso hace mención de ello[146]. Se la representa mediante una figura donde el hombre microcosmos está ubicado, como nuestro mundo, en el universo, en el centro del círculo zodiacal, y un trazo, que parte de cada signo, acude a tocar el lugar de su cuerpo desnudo al que está sujeto, o bien se disponen los signos a lo largo del propio cuerpo de la persona, sobre los miembros que reciben su influencia. Esas figuras, cuyo origen es ciertamente antiguo, son bastante frecuentes en nuestros manuscritos griegos y latinos[147], se han perpetuado a través de la Edad Media hasta el Renacimiento y han inspirado, entre otros, al autor de *Las muy ricas horas del duque de Berry* (1416) una página de una extraña belleza[148].

Los calendarios, los doce meses y los doce dioses

Los calendarios son a la vez astrológicos y religiosos: astrológicos, ya que cada instante del tiempo que transcurre está sujeto a las influencias producidas por la revolución de las estrellas; religiosos, porque el retorno de unas determinadas fechas impone periódicamente la celebración de ciertas ceremonias del culto. Es así que, en el notable calendario litúrgico de Atenas, los signos zodiacales que presiden cada mes ático[149] sirven de alguna manera de introducción en la representación de las fiestas principales, vinculadas al paso del Sol por esas constelaciones. La interpretación de este momento único, que parece remontarse al siglo I de nuestra era, ha visto un gran avance desde que se ha reconocido en ciertas figuras, todavía enigmáticas, una personificación de los Meses y de las Estaciones divinizadas[150]. En cuanto al zodíaco, cabe destacar que las Pinzas de Escorpio parecen haber sido sustituidas no por Libra sino por una Corona[151]. En su conjunto, este bajorrelieve supone un documento extraordinario, pues acredita la existencia en Atenas de

esta religión del cielo estrellado y del tiempo, que ha favorecido el reino del panteísmo estoico[152] y de la astrología.

En Roma, los menologios rústicos, que datan del fin de la República y del comienzo del Imperio[153], llevan encima de la columna reservada a cada uno de los doce meses el signo del zodíaco que los preside. Además de este patronazgo, recogen también el de la divinidad, por ejemplo en enero: *Sol Capricorno; tutela Iunoni*[154]. Este sistema de «tutelas» tiene un origen remoto: sus creadores fueron babilonios que, citando a Diodoro[155], «atribuían cada uno de los meses y de los signos zodiacales a una de las doce divinidades principales». Eudoxo adopta el principio de esta doble asociación al sustituir a los dioses orientales por el grupo de los δώδεκα θεοί, constituido mucho tiempo atrás en el culto ateniense. Como esta dodécada sagrada está compuesta por seis parejas, a cada tanto asignaba el dios y la diosa a dos signos diametralmente opuestos, uno de los cuales aparece sobre el horizonte cuando el otro desaparece al ponerse[156]. Los calendarios rústicos, como demostró Mommsen hace tiempo[157], no son sino una adaptación latina de los de Eudoxo; pero aquí se presentaba una dificultad. La entrada del Sol en los signos del zodíaco no se ubicaba al principio sino hacia la mitad de los meses romanos. De modo que enero, por ejemplo, podía considerarse que pertenecía tanto a Capricornio, donde entraba el Sol, según Columela[158], el 17 de diciembre, como a Acuario, que lo atravesaba del 16 de enero al 14 de febrero. Se obtiene así la doble correspondencia siguiente:

ENERO Capricornio o Acuario.
FEBRERO Acuario -Piscis.
MARZO Piscis -Aries.
ABRIL Aries -Tauro.
MAYO Tauro -Géminis.
JUNIO Géminis -Cáncer.
JULIO Cáncer -Leo.
AGOSTO Leo -Virgo.
SEPTIEMBRE Virgo -Libra.
OCTUBRE Libra -Escorpio.
NOVIEMBRE Escorpio -Sagitario.
DICIEMBRE Sagitario -Capricornio.

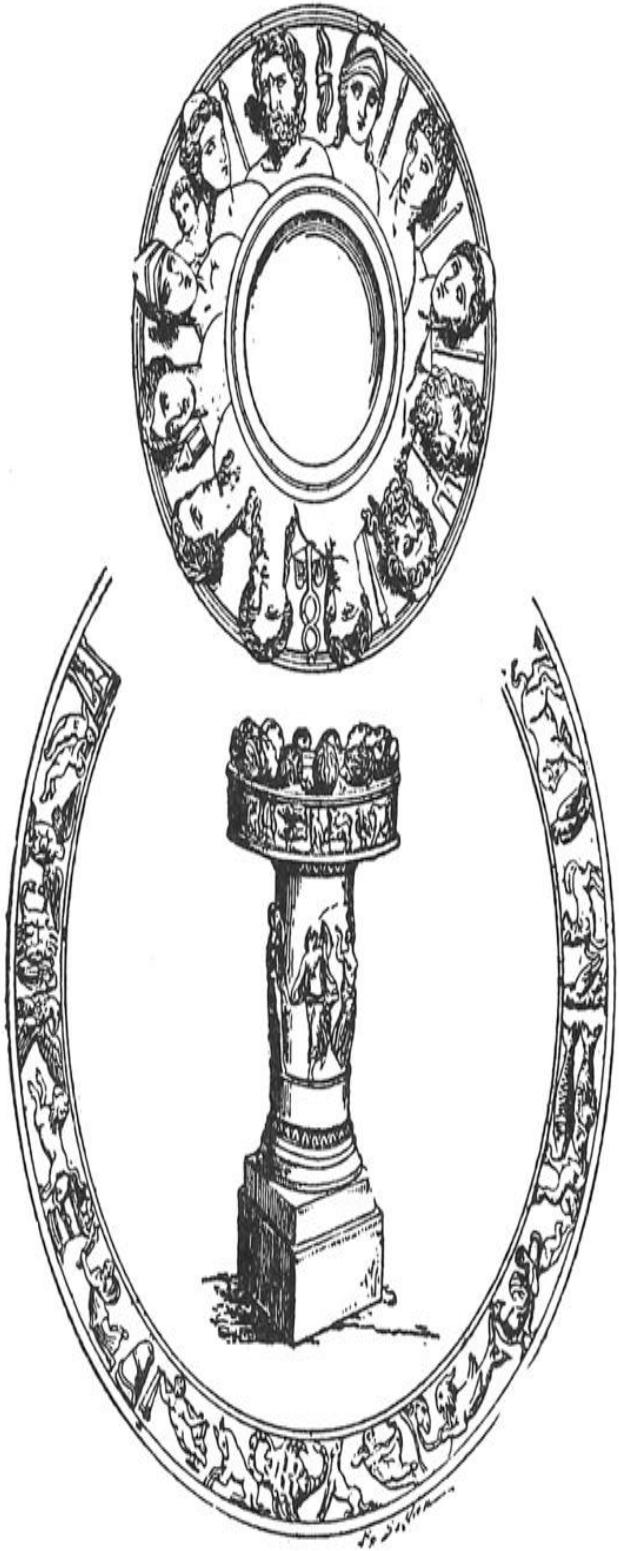
Una y otra concordancia fueron adaptadas conjuntamente, y son acreditadas por numerosos ejemplos derivados de la tradición literaria así como de los monumentos figurativos[159]. Sin embargo, es la primera la que fue comúnmente aceptada en la Edad Media[160] y la que se ha perpetuado hasta nuestros días en los calendarios populares, aunque la

precisión de los equinoccios la aleja cada vez más de cualquier realidad. Este movimiento retrógrado hace retroceder la posición del Sol, en una fecha determinada, un grado cada setenta y dos años aproximadamente, o un signo entero en poco más de 2.155 años. De esta manera, en el equinoccio de primavera el Sol, que se encontraba, en el tiempo de Hiparco, en la constelación de Aries, hoy se encuentra en la de Piscis. Es sabido que Ptolomeo, para evitar los inconvenientes que resultan de la modificación constante de los puntos cardinales, disocia el zodíaco real y el zodíaco astronómico, puramente ficticio, que se desplaza con el punto vernal, considerado el grado cero de Aries. En la época de dicho astrónomo, las doce casas de este zodíaco no coincidían más que parcialmente con los grupos de estrellas cuyos nombres llevaban y de las cuales se han alejado progresivamente, de tal modo que el signo de Tauro está hoy casi por completo en la constelación de Aries, y así sucesivamente. Pero incluso este zodíaco científico, que se ha seguido utilizando hasta nuestros días[161], se desplazaba, en la antigüedad y en la Edad Media, muy lentamente con relación a las fechas de los meses, a causa de la ligera inexactitud del calendario juliano, que cada 128 años retrasaba un día el curso efectivo del Sol. Como consecuencia de ello, la entrada de este último en Aries, que se producía en tiempos de Ptolomeo (hacia el año 125) el 21 de marzo, en el año 400 tuvo lugar el 19 y en el año 800 el 15 de marzo[162].

La posibilidad de atribuir a cada mes un doble signo ha producido en los menologios rústicos una confusión en la distribución de las divinidades: cada una de ellas se encuentra próxima al signo que en la serie precede a aquel al que realmente pertenece. La verdadera correspondencia, tal y como es dada en su totalidad por Manilio, y parcialmente, en griego, por Vecio Valente y por otros autores[163], es la siguiente:

ARIES Atenea – Minerva.
TAURO Afrodita – Venus.
GÉMINIS Apolo.
CÁNCER Hermes – Mercurio.
LEO Zeus – Júpiter.
VIRGO Deméter – Ceres.
LIBRA Hefesto – Vulcano.
ESCORPIO Ares – Marte.
SAGITARIO Artemisa – Diana.
CAPRICORNIO Hestia – Vesta.
ACUARIO Hera – Juno.
PISCIS Poseidón – Neptuno.

Una representación plástica de esta teología astral (fig. 9, p. 57)[164] nos la ofrece el mármol de Gabios que se conserva en el Museo del Louvre. La parte superior está excavada en el centro de un círculo cóncavo que probablemente servía de cuadrante solar. En el borde plano de esta cavidad se encuentran esculpidos, en un orden cuya razón se nos escapa, los bustos de doce divinidades: Júpiter con el rayo, Minerva con el yelmo, Apolo con la cabeza ceñida por el *strophium,* Juno con la *sphendoné,* Neptuno con el tridente, Vulcano con el *pileus* como tocado, Mercurio con el caduceo, Ceres y Vesta sin atributos, Diana con el carcaj, Marte con su yelmo, Venus con el Amor.



9. Altar (cuadrante solar) de Gabios.

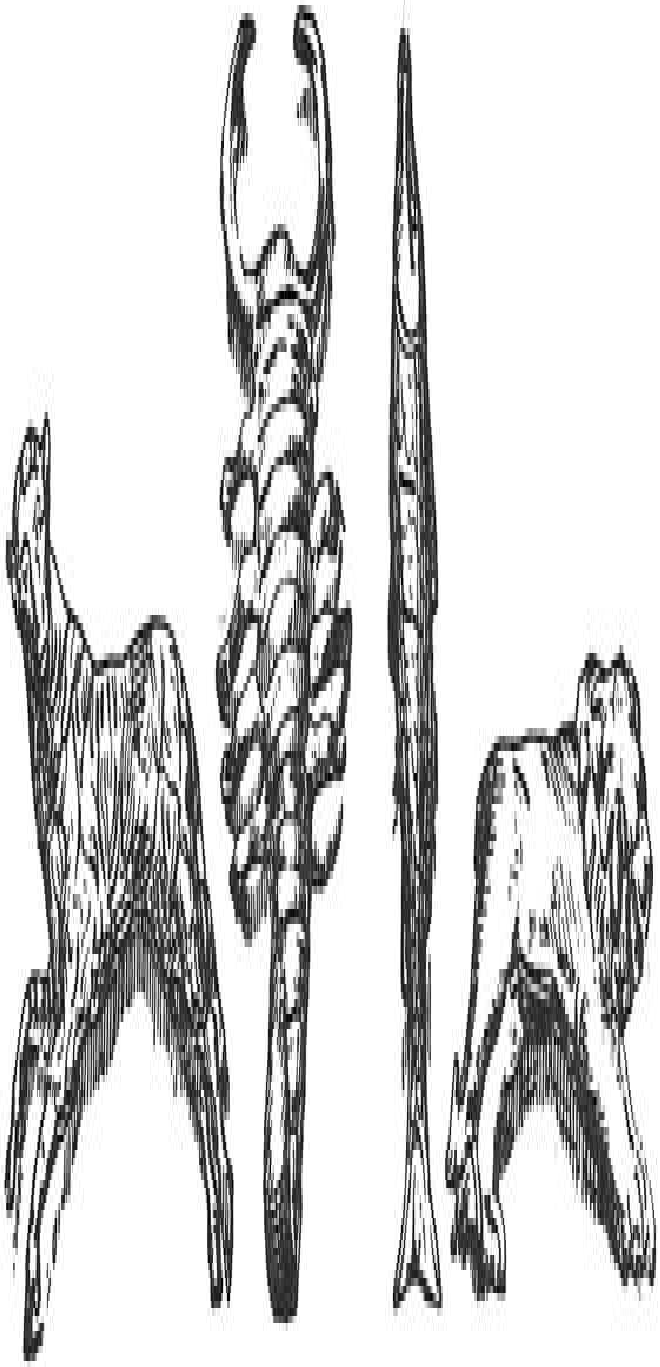
El borde de esta mesa circular está decorado con los signos del zodíaco, acompañados del emblema de los doce dioses que se le asociaban[165]: la lechuza de Minerva con Aries, la paloma de Venus con Tauro, el trípode de Apolo con Géminis, la tortuga de Mercurio con Cáncer, el águila de Júpiter con Leo, el cesto de Ceres con Virgo, el tocado de Vulcano con Libra, la loba de Marte con Escorpio, el perro de Diana con Sagitario, la lámpara de Vesta con Capricornio, el pavo real de Juno con Acuario, el delfín de Neptuno con Piscis. La elección de la loba para representar a Marte y el diámetro del mármol, que es exactamente de un codo romano (44 cms), demuestran que este monumento encontrado en Gabios fue realizado en Italia.

Monumentos religiosos

La religión astral, nacida en Babilonia, se expandió por todo el mundo romano desde el principio de nuestra era y llegó a ser dominante en el siglo III. Ya hemos señalado la difusión de este panteísmo astrológico, que tenía por centro la adoración del Sol, pero que veneraba también a los otros planetas y a los signos del zodíaco, considerados las más poderosas de las divinidades siderales.

Entre los cultos orientales, es en los misterios de Mitra donde mejor podemos constatar el poder de esta fe astrológica[166]. En los grandes bajorrelieves de Mitra tauróctono, en Germania, los doce signos ocupan por lo común el borde incurvado de la gruta, donde el toro es inmolado[167]; se consideraba que esta gruta era un símbolo del mundo y su cima entallada el de la bóveda celeste. En otros lugares los mismos signos rodean por completo al dios sacrificador, ya sea impetrados en un borde circular, o bien libremente distribuidos a su alrededor. Esta composición recuerda la forma en que el cinto móvil del zodíaco abraza el universo, donde seis signos siempre se encuentran por encima de la Tierra y seis por debajo[168]. A veces estos signos circundan igualmente la imagen del Cronos mitraico, dios del Tiempo infinito, si es que no se encuentran grabados en el cuerpo de este dios leontocéfalo por entre los anillos de la serpiente que lo rodea, el reptil que representa, según el simbolismo de los misterios, el tránsito del Sol a través de las constelaciones de la eclíptica[169]. Un curioso fragmento escultórico hallado en el norte de Inglaterra nos muestra la banda zodiacal formando un marco ovoide alrededor de Mitra naciente[170]. Finalmente, había la costumbre de reproducir el

zodíaco en los mosaicos o en las pinturas con los planetas sobre las paredes de los templos. A veces se fundían los signos en bronce, y estos apliques de metal resaltaban la riqueza de la ornamentación (fig. 10)[171]. A menudo se encuentran agrupados de tres en tres, según las Estaciones a las que corresponden, y cuyo culto estaba asociado a aquella que le estaba consagrada.



El simbolismo que encontramos escenificado en los monumentos de los misterios de Mitra inspira también otras obras que no conciernen directamente a esta religión. Al igual que Mitra, dios solar persa, Helios aparece a menudo rodeado de la banda zodiacal, y su tránsito supera cada mes una de las doce etapas. Unas veces está montado sobre su cuadriga, que evoca la rapidez de su carrera; otras está rampante, otras representado por un simple busto[172]. De vez en cuando, algunos signos situados en el arco de un círculo por detrás de su carro bastan para evocar su carrera celeste[173]. Un bello torso que se encuentra en el Vaticano porta el zodíaco a guisa de tahalí; porque el «círculo oblicuo» es el tahalí estrellado del mundo[174].

En un mosaico de Hipona está representado Baco como dios solar, dispensador de los frutos del año, en medio de unas viñas fecundas, con una cornucopia, sujetando con la mano derecha un gran anillo zodiacal[175].

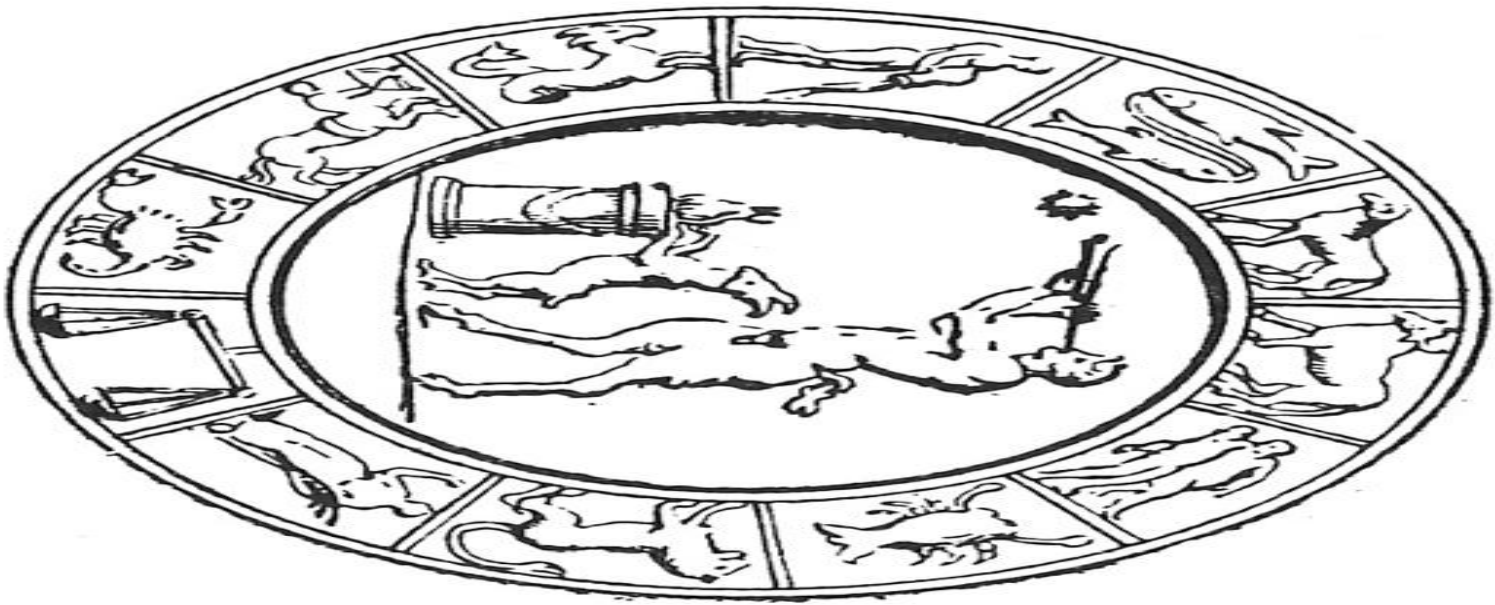
La importancia que la astrología había adquirido en Egipto durante la época alejandrina se basta para explicar que los misterios de Isis y de Serapis, como los de Mitra, la habían introducido en su simbolismo. Allí, al *mystes,* o adepto, se lo vestía sucesivamente con doce túnicas, y acto seguido era adornado con los atributos del Sol, para luego presentarlo a la adoración de los asistentes. En virtud de este rito el *mystes* se convertía en semejante al dios, y las doce túnicas con las que se le vestía figuraban su tránsito a través de los doce signos que recorría eternamente el astro divino[176]. Un bronce, acuñado en el octavo año del reino de Antonino de Alejandría, y que evoca el inicio de un nuevo período sotíaco, porta un busto de Serapis que está rodeado de los siete planetas, encerrados en el círculo del zodíaco porque, según la cosmología de los ancestros, la esfera de las estrellas fijas abraza a las otras siete esferas (fig. 2, p. 23)[177]. En otro bronce, y en medio de dos círculos concéntricos decorados cada uno de ellos con los doce signos, encontramos los bustos de Serapis y de Isis, dios solar y diosa lunar, que dos tránsitos diferentes conducen a través de las mismas constelaciones[178]. El lenguaje figurado de este tipo de representaciones puede sugerir por igual la idea de la carrera anual de las divinidades siderales, la de la eternidad de sus revoluciones o la de su dominio sobre toda la naturaleza sometida al poder de las estrellas.

Es sin duda esta última idea la que predomina en las composiciones donde aparece Júpiter asentado entre el Sol y la Luna, que recorren el espacio, o bien sobre la Tierra y el Océano tendidos a sus pies. Esta imagen resumida del mundo se halla circunscrita por el zodíaco, al

que enmarca la esfera exterior (fig. 11, página 63)[179]. Zeus es aquí, como en el panteísmo estoico y oriental, el dios universal, la inteligencia que penetra y transforma cada parte del gran Todo. Este simbolismo cósmico a veces lo completa la conjunción de los planetas. Una cornalina del Gabinete Numismático [Biblioteca Nacional, París] muestra, siempre en el cinto del zodíaco, a Júpiter con Marte y Mercurio sobre el Océano[180]; otra piedra, del antiguo Gabinete de Orleans, muestra a Júpiter rodeado de los siete planetas tirados por un atalaje de animales diversos[181]. Podríamos seguir y seguir con las citas[182].

NEUKAREN
J. 6

11. El zodíaco en una moneda.



12. El zodíaco en una piedra grabada.

Pan, en virtud de un juego de palabras, había devenido en la teología estoica un dios panteo. Por esta razón, en una serie de piedras grabadas se le representa tocando la flauta en medio del círculo del zodíaco, y la música del dios parece aludir a la armonía de las esferas (fig. 12, arriba)[183].

No sorprende que, al igual que el Sol, en el zodíaco figuren la Luna, que tiene sus casas[184], o los planetas, que giran eternamente y combinan las influencias propias con las de aquel[185]. Al astro de las noches lo sustituye a veces una cabeza de Medusa: una interpretación astronómica de fecha reciente hacía de su amplia faz una imagen de la luna llena[186]. Por otra parte, es como diosa pantea más que como divinidad lunar que Astarté está representada en Fenicia en el zodíaco[187], y que Artemisa de Éfeso tiene a este como ornamento de sus vestiduras[188].

En el paganismo romano, Esculapio también había sido elevado a la dignidad de *Salvador del Todo* (σωτήρ τών ὅλων)[189], pero los pequeños monumentos donde aparece, con o sin Higía, acompañado de los signos del zodíaco, están, al parecer, inspirados por las teorías de la iatromatemática[190], o medicina astrológica, que hacía depender los remedios de la posición de las estrellas[191].

Un pensamiento a menudo tratado por los ancestros afirma que la victoria es un don de la Fortuna. No sorprenderá, pues, que encontremos a Niké sobre su cuadriga rodeada del zodíaco[192]. Probablemente no se trata aquí de la victoria que asegura el dominio sobre la Tierra, sino, sencillamente, el triunfo en los juegos del circo. De hecho, un escritor del siglo II explica que los hipódromos estaban construidos de manera que representaran el mundo, y que las doce puertas por donde salían los carros eran «las doce casas del zodíaco, que gobierna la tierra, y el mar, y el transitorio curso de la vida humana.»[193]

Un bello entalle, cuyo asunto hace alusión a los Juegos Seculares celebrados por Domiciano, lleva como exergo el círculo del zodíaco[194]. Esto evoca aquí, al igual que en las monedas de Alejandría relativas al período sotíaco (p. 24), el ciclo de los años que terminan y vuelven a empezar indefinidamente. En el célebre bajorrelieve de la apoteosis de Antonino y Faustina[195], una intención análoga ha hecho colocar un globo celeste con el zodíaco en la mano del genio del Tiempo (Αἰών), que transporta al cielo a la pareja imperial, y hemos visto (p. 58-59) que los signos a veces estaban esculpidos sobre el cuerpo del Cronos mitríaco.

Los emperadores divinizados son *sideribus recepti,* y esta doctrina se expresa de manera visible en las representaciones de la apoteosis[196]. Un díptico consular del siglo IV nos muestra un príncipe, probablemente Constancio Cloro, llevado por los genios de los Vientos hasta la asamblea de los dioses, que cruzan la mitad del zodíaco con un busto del Sol en la enjuta, mientras que en la otra mitad deberían encontrarse con el busto de la Luna en el segundo panel, hoy perdido[197]. Como a veces sucede en los sarcófagos mitológicos de la época imperial, aquí el arco que lleva los signos astronómicos no hace sino situar en el cielo el lugar de la escena[198]. En otra parte la idea sugerida es más profunda: el zodíaco, como en Egipto (p. 22), alude a la doctrina de la inmortalidad sideral. Un bello sarcófago del palacio Barberini en Roma (fig. 13, p. 68)[199], que data de la segunda mitad del siglo III, nos muestra, en el centro, los bustos de los difuntos en la corona del zodíaco; debajo, unos genios haciendo la vendimia evocan la esperanza de la beatitud eterna que proporcionaban los misterios dionisíacos. Cuatro personajes, dos por cada lado, representan a las cuatro Estaciones: el invierno está encarnado por Atis, coronado de juncos, con un jabalí a su lado —aquí se manifiesta la influencia de los cultos orientales—; a su izquierda, la Primavera, coronada de flores, tiene a sus pies un pastor ordeñando una cabra; del otro lado figuran el Verano y el Otoño, uno coronado de espigas, el otro de vides, acompañado el primero de un segador que lía su gavilla; el otro, de la pantera y de la crátera de Baco. Las Estaciones que señalan la muerte y el despertar de la naturaleza son, en esas composiciones funerarias, símbolos de resurrección[200]. En el monumento funerario de Igel es la apoteosis de Hércules lo que ha de evocar la inmortalidad reservada a los difuntos para quienes fue erigida esa tumba: el héroe, llevado sobre el carro de Atenea, asciende en el espacio, rodeado por el anillo del zodíaco[201]. Sus doce trabajos se relacionan así con los doce signos que servían para enseñar que los muertos alcanzaban el cielo por esta vía[202].

NEUKAREN
J. 6

13. Zodíaco circundando los bustos de los difuntos.

En efecto, una doctrina atribuida a Zoroastro indicaba que las almas descendían del cielo y ascendían a él por el círculo de las doce constelaciones[203]. La expresión primitiva de esta creencia, tal como ha subsistido en el maniqueísmo[204], señala que la revolución del zodíaco las hacía ascender hasta el cenit, a la manera de las grandes ruedas hidráulicas que extraían y elevaban el agua del Éufrates y del Orontes. Esta cándida idea fue modificada más tarde, cuando se enseñó que las almas devotas pasaban de signo en signo a lo largo de la esfera en movimiento[205].

El zodíaco y la magia

La astrología y la magia son hermanas gemelas y no siempre es fácil separar lo que le pertenece a una y a la otra. Con frecuencia, en las fórmulas mágicas se indica la posición de los planetas en el zodíaco que asegura el éxito de la operación, o bien se recomienda invocar el nombre o dibujar el *carácter* de tal o tal signo[206].

Al lado de estas anotaciones cabalísticas de los signos se emplean las figuras habituales que los representan. Grabadas en piedras o joyas, convierten a estas en amuletos o talismanes de la suerte altamente recomendables[207].

La mención y los dibujos silueteados de los decanos poseen igualmente una misteriosa eficacia[208]. Los treinta y seis decanos tenían, entre otras cosas, una importancia considerable en la magia egipcia, ya que cada uno de ellos gobernaba una parte del cuerpo humano que afectaba a la salud (p. 22)[209]. La creencia popular los figuraba como monstruos horribles con cabezas de animales, espíritus temibles que los conjuros podían invocar o someter a la voluntad del hechicero[210], y se convirtieron, para judíos y cristianos, en demonios que los ángeles combatían y volvían inermes[211]. Un monumento que se encuentra en el Museo de Atenas, una esfera de mármol, es de especial importancia: el Sol se sitúa entre Leo, donde se encuentra su domicilio, y el Perro, que preside la canícula, en medio de un aparato indudablemente mágico[212].

Se sabe que el alfabeto juega un gran papel en los conjuros mágicos, y varias inscripciones lo reproducen, en vocales y consonantes, para este uso supersticioso[213]. Ahora bien, los autores astrológicos nos enseñan que las veinticuatro letras del alfabeto griego eran atribuidas, de dos en dos, a los doce signos[214], y un pequeño

monumento muy curioso del Gabinete Numismático de Múnich nos da una evidencia de esta asociación[215]: se trata de un icosaedro de cristal de roca que lleva sobre doce de sus facetas triangulares la imagen grabada en hueco de uno de los signos, con las dos letras que le corresponden. Quizá sirviera como una especie de dado para consultar la fortuna. Este simbolismo alfabético se hallaba muy extendido, y parece haber inspirado el conocido versículo del Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y la Omega»[216].

Los zodíacos decorativos

La religión y la superstición habían popularizado las imágenes del zodíaco; a través de la astrología y de la magia se mezclaban con la vida cotidiana de cada uno. Poco sorprende que se adoptara la costumbre de emplear el zodíaco como motivo ornamental. Los cocineros griegos ya tenían el conocimiento para decorar los platos circulares[217] y transmitieron a los posaderos romanos esta sabia tradición, que ponía la astronomía al servicio de la gastronomía: junto a cada signo se colocaba el plato que, por su naturaleza o por su forma, guardaba alguna relación con él[218]. Los artistas utilizaron el zodíaco para obras menos efímeras. Hemos visto (p. 33) que un verso de Homero había sugerido la idea de ornamentar el borde de los escudos[219]. De haberse conservado las pinturas y los estucos de los techos antiguos, sin duda lo encontraríamos con frecuencia[220]; los pavimentos, que han resistido mejor la destrucción, son buena prueba de ello. A veces el anillo zodiacal aparece en las composiciones mitológicas[221]. Pero principalmente sus doce representaciones sirven maravillosamente al efecto de rellenar los recuadros de los mosaicos con motivos poligonales[222], y los encontramos hasta la Edad Media asociados a los Doce Planetas, los Cuatro Vientos, las Cuatro Estaciones y los Doce Meses[223].

El zodíaco en la época cristiana[224]

Cabe pensar que el triunfo del cristianismo, al abolir el culto que tenía como centro las imágenes de las doce constelaciones y proscribir la adivinación que las hacía objeto de devoción, habría debido excluirlas del arte. Pero todas las figuras del ciclo cósmico que el ocaso del paganismo había reproducido sin cesar, pues este divinizaba a la naturaleza entera, fueron adoptadas por el cristianismo a pesar de que

en realidad eran contrarias a su espíritu[225], y así, como sucedió con las representaciones del Cielo, el Sol y la Luna, los Vientos, las Estaciones y los Elementos, las imágenes del zodíaco no hicieron más que multiplicarse[226]. Y es que, por más que hubiera dejado de rezarse a los astros dispensadores de males y beneficios, se seguía creyendo en el sistema de Ptolomeo y en una esfera de estrellas fijas, donde los doce signos jalonaban la ruta del Sol y de los otros planetas.

Si la astrología fue condenada por la Iglesia, lo cierto es que no desapareció de un día para otro por efecto de sus anatemas. Había influido en la escritura de las visiones del Apocalipsis[227]; los gnósticos le reservaron un amplio lugar en sus especulaciones[228] y, tras ellos, los adeptos del maniqueísmo originario de Babilonia vieron pesar sobre sí la sospecha de una adoración idólatra a los cuerpos celestes[229]. Varios indicios demuestran que ni siquiera los fieles escapaban por completo al contagio. Un antiguo epitafio cristiano en Roma señala que un niño nació la cuarta hora de la noche, el día de Saturno, en el signo de Capricornio, genitura funesta que explica su muerte prematura[230]. Una pulsera en la que aparecen grabadas las anotaciones astronómicas de las doce constelaciones fue hallada en un *loculus* de las catacumbas y, sea o no de fabricación pagana, de lo que no cabe duda es de que la llevó una cristiana[231]. Las representaciones zodiacales aparecían también sobre amuletos de fecha incierta, probablemente no todos ellos obra de las sectas gnósticas o heréticas a las cuales se atribuyen[232]. El primer emperador cristiano creía en el poder de las estrellas: en la antigua iglesia de Santa Sofía por él erigida había estatuas de los doce signos, del Sol, de Venus y de Arturo, las cuales se ha supuesto representaban el horóscopo que Constantino habría hecho calcular durante la fundación del santuario, como había ordenado que hiciesen para la de la propia ciudad de Constantinopla[233]. El emperador quiso representarse en una de sus monedas como único señor del mundo, coronado por la Victoria y sujetando en la mano derecha el anillo zodiacal[234].

Las doctrinas astrales, propagadas por los herejes, sobrevivieron mucho tiempo al triunfo de la Iglesia. En época de Orosio y hasta el siglo VI los priscilianistas seguían enseñando que las diversas partes del cuerpo humano estaban sometidas cada una a uno de los doce asterismos[235], y Prisciliano mismo, sin duda imitando a los maniqueos, interpretaba la *rota geniturae* como si fuera el zodíaco, cuando en realidad se trataba del ciclo órfico de los nacimientos, a lo cual se hace mención en un oscuro pasaje del Nuevo Testamento[236]. En el siglo II, Teodosio el Valentiniano había asimilado a los apóstoles a los doce signos, puesto que, afirmaba, al igual que estos rigen la

generación del hombre, aquellos presiden su regeneración[237]; la fortuna de este descabellado acercamiento la vemos en varios sarcófagos, donde las representaciones de los apóstoles aparecen coronadas con sendas estrellas, como anteriormente había sucedido con las divinidades siderales[238]. Incluso se les asignaba a los apóstoles el papel otrora atribuido a los doce dioses (p. 51) dado que se los relacionaba con los doce meses, como a Cristo con el Sol[239]. Por el contrario, las divinidades de los decanos, al menos en Egipto, eran tenidas por demonios, que servían como escolta de Satán (p. 70). Otros creían conciliar mejor la astrología con la Biblia mediante la introducción en el zodíaco de los nombres de los doce patriarcas[240]. Las fábulas mitológicas, que mancillaban las constelaciones de puro paganismo, se vieron sustituidas por interpretaciones bíblicas: Acuario tomó su origen de San Juan Bautista, Piscis fue la ballena de Jonás, Leo sería la fosa de Daniel, Virgo pasó a ser María, Sagitario se convirtió en David, etcétera[241]. Exorcizado de este modo, el zodíaco pudo seguir representándose sin peligro en las iglesias como una imagen del año y de sus doce meses, o como la del cielo estrellado que abraza al mundo entero.

99 Tannery, *Mémoires scientifiques*, editado por Heiberg y Zeuthen, II, 1912, p. 247-ss.; Rehm en «Hermes», vol. XXXIV, 1899, p. 271-ss.; Hultsch en Pauly-Wissowa, *s. v.* «Astronomie», col. 1854; Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 265, n. 1; p. 552.

100 Cf. *supra,* p. 7 y n. 60.

101 Cf. *supra,* p. 9. Los textos relativos a los constructores y poseedores de esferas célebres han sido recopilados por Fabricius-Harles, *Bibliotheca Graeca,* vol. V, p. 298-ss.

102 Babelon y Th. Reinach, *Recueil général des monnaies grecques d'Asie Mineure,* I, p. 413, 143, fig. LXIX, 3.

103 Cicerón, *De republica,* I, 14, 22.

104 Ptolomeo, *Syntaxis,* VIII, 3. Cf, Nono de Panópolis, Διονυσιακά (Dionisíacas), VI, 64-ss. y «Annales de la societé royale d'archéologie de Bruxelles», XIV, 1900, p. 403 = S.

Reinach, *Répertoire de reliefs grecs et romains,* II, p. 164, 1.

105 El Atlas Farnesio ha sido estudiado en detalle por Thiele, *Himmelsbilder,* 1898, p. 19-ss; fig. II-VI. Acerca del Atlas Albano, cf. *infra,* n. 182. Estatua de bronce de Atlas con la esfera, en un pueblo de Francia, durante el Medievo, cf. Boll, *Sphaera,* p. 440, n. 2. Atlas y la esfera estelada en piedra grabada: Mariette, *Recueil de pierres gravées,* I, 78 = S. Reinach, *Pierres gravées,* fig. 90 = Chabouillet, n. 1769. Junto a la Tierra: Gori, *Museum Florentinum,* IV, 43 = Müller-Wieseler, II, fig. LXII, n. 797, etc. Cf. nuestra obra *Mystères de Mithra,* I, p. 90.

106 Thiele pensaba, equivocadamente, que este original era la esfera de Hiparco; cf. Boll, «Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse» [Academia de las Ciencias de Heidelberger, estudios de Filosofía e Historia], 1899, p. 120, n. 2-ss.

107 Gaedechens, *Der marmorne Himmelsglobus,* Gotinga, 1862.

108 Amelung, *Die Sculpturen des Vaticanischen Museums,* II, 1908, p. 529 (*Sala di busti,* n. 341, fig. 66).

109 Fragmentos en Berlín (*Beschreibung der antiken Skulpturen,* n. 1050 A = Thiele, *Himmelsbilder,* p. 42); en Larissa (Thiele, *op. cit.,* p. 171). Comparar con la esfera mágica citada en p. 19.

110 Clarac, *Musée de sculpture antique et moderne,* p. 216, fig. 768 y 218 = S. Reinach, *Répertoire de la statuaire grecque et romaine,* I. p. 106, 1; 108, 1 = Fröhner, *Sculpture du Louvre,* n. 490, 337. Apoteosis de Antonino; cf. *supra,* p. 18. Busto de Cómodo, *supra,* p. 13; Cumont, *Mystères de Mithra,* I, p. 88-ss. Zodíaco con Escorpio en torno a la esfera, en una escena de adivinación sobre una ánfora de Berthouville: Babelon. *Le trésor de Berthouville,* París, 1916, p. 106 y fig. XVI.

111 Vaso de Ruvo (dudoso), cf. *supra,* p. 9 y n. 84. Pintura de Pompeya, cf. *supra,* p. 9 y n. 89.

112 Stevenson, *A dictionary of Roman coins,* Londres, 1889, p. 928; cf. *supra,* p. 11 y n. 102.

113 *Supra,* p. 7. El «planisferio de Bianchini» recibe un nombre incorrecto.

114 Boll, «Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse», 1899, p. 118-ss.

115 Cumont, «Revue archéologique», 1916, 1, p. 11-ss.

116 Planisferio del *Vaticanus graecus,* 1087, s. XV, en Boll, *Sphaera,* p. 92 y fig. I; del *Codex Philippicus Berolinensis,* 1830, s. IX, en Thiele, *Himmelsbilde,* p. 164; del *Basileensis* A. N. IV, 8 de Germánico en la edición del Arato de Maass, fig. I. Se citan otros planisferios en Thiele, *Himmelsbilde*, p. 163-ss; cf. Bethe, «Rheimsches Museum», LV, 1900, p. 416-ss.; Cumont, *loc. cit.,* p. 11, n. 2.

117 Vitruvio, *De architectura,* IX, 8, p. 236 Rose.

118 Maass, «Jahreshefte des Osterreichischen Archäologischen Institutes in Wein», V, 1902, p. 196-ss y fig. V; VI, 1903, p. 32-49.

119 Paris y Delatte, «Musée Belge», 1913, p. 145-ss; cf. en Nápoles, *Inscriptiones Graecae,* XIV, 705; en Roma, *ibid.,* 1307. Es probable que el «altar» de Gabios (*supra,* p. 16) sea también un horologio, o reloj astronómico.

120 Aquiles en Maass, *Commentariorum in Aratum reliquiae,* 1898, p. 80, 3.

121 Los manuscritos han sido estudiados por Thiele, *Antike Himmelsbilder,* 1898. En

particular (p. 77-89) el *Codex Vossianus Latinus* Q 79, siglo IX, y el manuscrito de Bolonia 188, siglo X, de Germánico y de Avieno, donde se encuentran todos los signos salvo Libra, que Arato no menciona (*supra,* p. 9).

122 Así, el *Bononiensis* 2280 (*Catalogus codicum astrologorum graecorum,* IV, n. 18), ff. 267v, 331.

123 *Supra,* n. 9. La figura, según Boll, *Sphaera,* fig. I, p. 126-ss. Los signos del zodíaco aparecen representados por separado en el mismo manuscrito, ff. 22-37 (Boll, p. 124).

124 Cf. *supra,* p. 6 y n. 51.

125 Fontenelle, *Histoire de l'Académie,* 1708, p. 110.

126 Fröhner, *Sculpture du Louvre,* n. 4, p. 15-ss.; Clarac, fig. 248 *bis,* n. 410 = S. Reinach, *Répertoire de la statuaire grecque et romaine,* I, p. 118; cf. Boll, *Sphaera,* p. 299-305 y fig. V. Un fragmento de una tabla análoga según un manuscrito de Peiresc publicado por Montfaucon, *L'Antiquité expliquée et représentée en figures,* I, fig. CCXIV, y *Suppl.* I, fig. XVII = Boll, *Sphaera,* p. 303.

127 Cumont, *Mystères de Mithra,* I, pp. 95, 96; n. 1.

128 Cf. *supra,* p. 2-ss.

129 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 206-ss.

130 Los nombres griegos de las divinidades de los decanos los enumera Cosmas de Jerusalén, *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* V, 3, p. 122. Cf. *supra,* p. 6 y n. 43, y *supra,* p. 19 e *infra,* n. 210.

131 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 224-ss.

132 Cf. Boll, *Sphaera,* p. 320, n. 1. Es probable que los planetas estuvieran representados por fichas, las cuales se colocaban en los signos del zodíaco en que aquellos se hallaban en el momento de la observación. Si dos o más planetas coincidían en el mismo signo, se empleaba un doble zodíaco por una cuestión de conveniencia. Compárese con el instrumento utilizado por el astrólogo Nectanebo en el Pseudo Calístenes, p. 4 Müller y Budge, *The history of Alexander the Great,* Cambridge, 1889, p. 5-ss.

133 *Supra,* p. 5-ss.

134 *Supra,* p. 6 y n. 35. Es posible que la distribución de los planetas en un mitreo de Ostia indique su posición en el momento en que se fundó el templo; cf. Cumont, *Mystères de Mithra,* I, p. 115. Para el horóscopo de la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, cf. *supra,* p. 21.

135 Capello, *Prodromus iconicus sculptilium gemmarum,* Venecia, 1702, n. 8; Gori, *Thesaurus gemmarum antiquarum astriferarum,* 1750, I, fig. 34 (=Kopp, *Palaeographia critica,* III, 1829, p. 331); fig. 89-ss.

136 Reconstruido según Perdrizet y Lefebvre, *Graffites grecs du Memnonion d'Abydos,* París, 1917, n. 641.

137 Según Usener, *Kleine Schriften,* III, p. 322. Otro sistema arroja un decimotercer cuadrado vacío en el centro del rectángulo (*ibid.,* p. 321); cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 285. Estas figuras de horóscopos son frecuentes en nuestros manuscritos, por ejemplo, *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* VII (*Germanici*), cod. 7, f. 23; 20, f. 139v; 22, f. 156; VIII (*Parisini*), cod. 4, f. 131-ss., etc.

138 Suetonio, *Augusto,* 94, 12; Manilio, *Astronomia,* II, 507, etc.; cf. Gardthausen, *Augustus und seine Zeit,* II, p. 18, donde encontramos enumerada una serie de monedas en las que Capricornio aparece con el globo terráqueo. Cf. *Corpus inscriptionum latinarum,* XII, 4339.

139 S. Reinach, *Répertoire de la statuaire grecque et romaine,* II, p. 144.

140 Von Domaszewski, *Die Tierbilder der Signa,* en «Archäologisch-epigraphische Mitteilungen aus Österreich-Ungarn», XV, 1892, p. 183-ss.; XVII, 1894, p. 34.

141 Helbig, *Führer Sammlung Rom,* 3ª ed. n. 930.

142 La liebre que aparece en un cipo funerario conservado en el Museo de Mantua representaría la constelación παρανατέλλων de los magos (Labus, *Museo di Mantova,* vol. II, fig. XXIV, p. 163-ss.), pero esta interpretación es dudosa. Leo con los Vientos y las Estaciones en un mosaico hallado cerca de Poligny (Bruand, *Dissertation sur une mosaïque de Poligny,* París, 1816; cf. Blanchet, *Inventaire des mosaïques de la Gaule,* II, 1909, n. 1481). El dibujo parece inexacto. Leo, Aries y Sagitario sobre un asiento de mármol que se encontraba en la villa Casali (hoy en la colección Lenbach, en Mónaco); cf. Matz-Duhn, *Antike Bildwerke in Rom,* III, n. 3704; Brunn, en *Verhandlungen,* XLI, Munich, 1891, p. 262. El asunto representado es la toma de una ciudad; los signos evocaban el momento en que tuvo lugar la acción. Todos ellos forman un trígono astrológico. Cf. *supra,* p. 18 e *infra,* n. 191.

143 Clarac, *Musée de sculpture antique,* I, fig. 201, 202; cf. II, p. 186 = S. Reinach, *Répertoire de la statuaire grecque et romaine,* I, p. 89-90; Fröhner, *Sculpture du Louvre,* n. 5, p. 24. Esta interpretación me parece la más plausible; pero los bajorrelieves han sido desfigurados por la arbitrariedad de las restauraciones. Detrás de Escorpio aparece esculpido un caballito de mar, para indicar así que se trata de un signo acuático (ὑδατῶδες, cf. *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* I, p. 146, 15-ss.; Vecio Valente, p. 10, 26; 56, 9 Kroll, etc.). Es probable que este candelabro formase parte de un grupo de cuatro, y que los tres que se han perdido llevasen los signos de otras estaciones y los emblemas de otros elementos.

144 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 318-ss; cf. *supra,* p. 24-25.

145 Manilio, *Astronomica*, II, 453-ss; Fírmico Materno, *Mathesis,* II, 24; Vecio Valente, II, 36 (p. 109 Kroll); Sexto Empírico, *Adversus astrologos,* 21; Porfirio, *Introductio in Tetrabiblum Ptolemaei,* en *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* p. 198; Pablo de Alejandría, Εἰσαγωγικά (*Introducción*), A,2. Hermes Trismegisto, en Berthelot y Ruelle, *Alchemistes grecs,* vol. I, p. 101, 106; *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* II (*Veneti*), cod. 7, f. 127v; III (*Mediolan.*), cod. 22, f. 339v; IV (*Italici*), p. 126, nota, etc.

146 San Agustín, *De haeresibus,* 70; cf. *supra,* p. 21 e *infra,* n. 235.

147 *Parisinus Graecus,* 2419, f. 1 (cf. Cumont, «Revue archéologique», 1916, 1, p. 7); *Parisinus Graecus*, 2180, f. 108; *Catalogus codicum astrologorum graecorum*, III (*Mediolan.*), cod. 23, f. 254v; *Parisinus Latinus* 7351, f. 7; cf. Cumont, *loc. cit.,* p. 9. Cf. Piper, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst,* vol. II, 1851, p. 289.

148 Paul Durrieu, *Les très riches heures du duc de Berry,* 1904, fig. XIII y p. 29. Cf. Cumont, «Revue archéologique», p. 7-ss.; Deonna, *Questions d'archéologie religieuse et symbolique.* LXIX, 1914, p. 183-ss. La melotesia planetaria, que se oponía a la «melotesia zodiacal» (Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 321-ss.), queda reflejada en las figuras análogas (por ejemplo, *Catalogus codicum astrologorum graecorum*, IV (*Italici*), cod. 18 (= *Bononiensis,* 3632), f. 311). La presencia de esta figura del «hombre anatómico» es un poco más constante en los libros de horas impresos en París en el siglo XV (Durrieu). Los egipcios atribuían un poder parecido a los treinta y seis decanos (*supra,* p. 19); pero no se ha conservado figura alguna que haga visible su compleja distribución.

149 La correspondencia de los meses y los signos es la siguiente: ♍ Pianepsión, ♎ Memacterión, ♏. Posideón, ♐ Gamelión, ♑ Antesterión, ♒ Elafebolión, ♓ Muniquión, ♈ Targelión, ♉ Escirofórión, ♊ Hecatombeón, ♋ Metagitnión, ♌ Boedromión.

150 Svoronos, *Journal international d'archéologie numismatique,* II, 1899, p. 21-ss., que niega, equivocadamente, todo carácter litúrgico a este repertorio de la eortología ática; cf. Robert, en «Göttingische gelehrte Anzeigen», CLXI, 1899, p. 544-ss.

151 Cf. Thiele, *Himmelsbilder,* p. 57-64, que contiene buenas reproducciones del mármol.

152 *Supra,* p. 9.

153 *Corpus inscriptionum latinarum,* I, 2ª ed., p. 280-ss.; cf. Boll, *Sphaera,* p. 472-ss.; Wissowa, *Römische Bauernkalender,* en *Apophoreton, XLVII. Versammlung deutscher Philologen,* Berlín, 1903, p. 35-ss.

154 Cf. *supra,* p. 18 e *infra,* n. 197.

155 Diodoro Sículo, Βιβλιοθήκη ἱστορική (*Biblioteca Histórica*), II, 30, 7: «Y afirman que los principales de esos dioses son doce en número, a cada uno de los cuales asignan un mes y uno de los doce signos llamados zodiacales» [trad. Francisco Parreu Alasà, Barcelona, Gredos, 2001]. Cf. Cosmas de Jerusalén, *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* V.2 (*Romani*), p. 122, n. 1. El origen oriental de esta doctrina la demuestra, incidentalmente, el hecho de que la encontremos entre los etruscos (Varrón, en Arnobio, II, 40); cf. Boll, *Sphaera,* p. 478.

156 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 183-ss.

157 Mommsen, *Römische Chronologie,* 2ª ed., p. 305-ss.; cf. Boll, *Shpaera,* p. 476.

158 Columela, XI, 2.

159 Enero = Capricornio, etc.: cf., aparte de los menologios, el disco de Salzburgo citado *supra,* p. 11; *Anthologia Latina,* ed. Riese, n. 394, 395, 640, 864 Riese. Enero = Acuario, etc.; cf. la imagen del manuscrito de Ptolomeo, *supra,* p. 12, un *planetarium* del *Codex Vossianus Latinus* Q 79, en Thiele, *Himmelsbilder,* fig. VII; Strzygowski, *Die Calenderbilder des Chronographen vom Jahre* 354, 1888, fig. XXVIII-ss.; Riegl, en «Archäologisch-epigraphische Mitteilungen», XIII, 1890, p. 9-ss.; *Anthologia Latina,* ed. Riese, 117 (vol. 16), 490a.

160 Wissowa, *Römische Bauernkalender;* Piper, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst,* II, 1851, p. 288. Hay, sin embargo, excepciones, y en la catedral de Chartres, por ejemplo, es Acuario, y no Capricornio, el signo que acompaña al mes de enero en el «calendario de piedra» allí tallado; cf. Mâle, *L'art religieux du XIIIe siecle,* 1902, p. 88. Beda, en su tratado *De temporum ratione,* que goza de una gran autoridad, en c. 16 (Migne, *Patrologia Latina,* XC, p. 358) da la correspondencia de enero = Capricornio, pero sitúa la entrada del Sol en los signos *in medio mense,* y en *De natura rerum,* c. 17 (Migne, p. 232) adopta el sistema enero = Acuario.

161 El *Annuaire du bureau des longitudes* del año 1915 anota que el sol entra en ♑ el 21 de enero a las 2.59h, en ♓ el 19 de febrero a las 17.23h; en ♈ el 21 de marzo a las 16.51h, etcétera., pero esos signos no designan otra cosa que los compartimentos del cielo sin tener en cuenta las estrellas en las que se encuentran.

162 Cf. *supra,* fig. 5. Los momentos indicados para la entrada del Sol en los signos (♈ 20 de marzo, 5.20h de la noche, etc.) han permitido fijar la fecha de composición de esta figura en la segunda mitad del siglo III.

163 Manilio, II, 439-ss.; Vecio Valente, I, 2, ed. Kroll; cf. Boll, *Sphaera,* p. 473-ss.

164 Clarac, *Musée de sculpture antique et moderne,* fig. CLXXI = S. Reinach, *Répertoire de la*

statuaire grecque, I, p. 64; Millin, *Galerie mythologique,* fig. XXVIII-XXIX, n. 85-89; Duruy, *Histoire des Romains,* I, p. 517 = nuestra fig. 9; cf. Fröhner, *Sculpture du Louvre,* p. 9-ss. La señora Strong me señala la existencia de un cuenco de mármol que estuvo en posesión del duque de Sutherland, en Trentham Hall, y que hoy se encuentra en el British Museum (cf. «Archäologischer Anzeiger», 1908. p. 421, n.º IX, 2), cuyo borde está decorado con los signos del zodíaco, mientras que en su soporte aparecen esculpidos, en estilo arcaizante, las cuatro divinidades. El significado de estos bajorrelieves y el propio destino del monumento, ampliamente restaurado, no han sido aún suficientemente explicados. Podría haberse tratado de un cuadrante solar análogo al mármol de Gabios.

165 Estos emblemas se encuentran colocados a la izquierda de los signos, no a la derecha, como nos harían pensar los dibujos publicados; cf. Boll, *Sphaera,* p. 474.

166 Cumont, *Mystères de Mithra,* I, 1900, p. 109-ss; cf. el singular bajorrelieve de Módena, en «Revue archéologique», 1902, fig. 1 = S. Reinach, *Répertoire de reliefs,* III, p. 61, 1; cf. mis *Mystères de Mithra,* 3ª ed., p. 107, n. 3; p. 109, f. 11.

167 Por ejemplo en Heddernheim, *op. cit.,* mon. 251 y fig. VII.

168 Manilio, III, 240. Arato, *Phaenomena,* 553.

169 Cumont, *Mystères de Mithra,* I, p. 80.

170 *Ibid.,* II, mon. 273.

171 Bronces de Angleur (Lieja): *ibid.,* p. 428.

172 Mosaico de Sentinum: Sol rampante en la banda zodiacal; a su lado, la Tierra y las Estaciones. (Engelmann, «Archäologische Zeitung», XXXV, 1877, fig. III = *Mystères de Mithra*, II, 298). Sol en su cuadriga rodeado del zodíaco; Mosaico de Münster, círculo de Coblenza («Westdeutsche Zeitschrift für Geschichte und Kunst», 1901, p. 114 y fig. III; Blanchet, *Inventaire des mosaïques de la Gaule,* II, 1909, n. 1622); piedra grabada de Florencia (Gori, *Museum Florentinum,* II, fig. 88; S. Reinach, *Pierres gravées,* 1895, p. 67 y fig. 59; Visconti, *Museo Worsleiano,* Milán, 1834, fig. XXVII, n. 21). Rafael reprodujo este tipo antiguo en su *Juicio de Paris* (Müntz, *Raphaël,* 2ª ed. 1886, p. 609). Busto radiante del Sol rodeado por el zodíaco (Gori, *ibid.,* fig. 88, 2 = S. Reinach, *ibid.*). Otras reproducciones parecidas las encontramos enumeradas en el catálogo de Gädechens, *op. cit.,* n. 28-48. Comparar la piedra del Gabinete de Orleans (*Description des principales pierres gravées,* I, fig. 49-40 = S. Reinach, *Pierres gravées,* p. 125); busto de Apolo alado con un cuerno de la abundancia, rodeado del zodíaco; en el envés, lira, búho (?) con la inscripción Τύχη πρωτόγ (ονος) [= *Fortuna primigenia*] Κολοσσαί (ων).

173 Cornalina de Florencia (Gori, *Museum Florentinum,* II, fig. 87 = S. Reinach, *Pierres gravées,* pl. 69, 1): Sol que recorre el cielo en una cuadriga sobre la Tierra extendida; tras él, Tauro, Géminis y Cáncer. Igualmente, en un medallón de Antonino, cinco signos del zodíaco representan el Cielo en oposición a la Tierra (Grueber, *Roman medallions in the British Museum,* 1877, p. 9, n. 14 y fig. XI; cf. p. 25, n. 20, fig. XXXII, 1). Cf. Gädechens, n. 37-41, 43. Acerca del zodíaco como indicación del lugar de la escena representada cf. *supra,* p. 19 e *infra,* 198.

174 Amelung, *Vaticanischen Museums,* vol. I, *Chiaramonti,* n. 592, fig. 76; cf. Manilio, I, 677 (*stellatus balteus*); III, 361. Otros mármoles: vaina coronada con cabeza de Sol; sobre la vaina, círculo del zodíaco; encontrada en Cartago (Louvre, *Catalogue sommaire des marbres,* n. 1833). Fragmentos de Sol y de los signos del zodíaco en Aix (Espérandieu, *Bas-reliefs de la Gaule,* I, n. 98). Un mármol inédito del Museo Nacional de Roma (n. 9086) lleva en su borde circular la

banda del zodíaco, mientras que el centro, que está ahuecado, no contiene sino un pequeño zócalo donde probablemente se encontraba tiempo atrás un busto del Sol o de Júpiter.

175 Gsell, *Les Monuments antiques de l'Algérie,* vol. II, p. 106, n. 28; De Pachtère, *Inventoire des mosaïques de l'Afrique,* vol. III, n, 41. Para el tipo, cf. la moneda de Constantino citada *supra,* p. 21 e *infra,* n. 234.

176 Apuleyo, *Metamorphoseon*, XI, 24 (*duodecim sacratus stolis*): «Salí revestido con doce túnicas sagradas» [trad. Lisardo Rubio Fernández, Barcelona, Gredos, 1983]; cf. Reitzenstein, «Archiv für Religionswissenschaft», VII, 1904, p. 408. Acerca de las ideas escatológicas que se atribuyen a esta ceremonia, cf. *supra,* p. 18-ss.

177 Millin, *Galerie mythologique,* fig. XXIX, n. 90 = Müller-Wieseler, vol. II, fig. II, n. 27 = Duruy, *Histoire des Romains,* vol. VI, p. 97; cf. Dattari, *Rivista italiana di numismatica,* 1901, p. 166.

178 Poole, *Catalogue of the Greek coins in the British Museum: Alexandria,* fig. XII, n. 1078, cf. p. LVI. Una variante reemplaza a Serapis e Isis por Helios y Selene; cf. Dattari, *loc. cit.* Piedra grabada con Serapis en el zodíaco: Gori, *Gemmae Florent.,* I, fig. CXLII; cf. Gädechens, *Himmelsglobus,* n. 20, 21.

179 Bronce de Adriano en Nicea (Babelon y Reinach, *Recueil général des monnaies grecques d'Asie Mineure,* vol. I, p. 407, n. 68 = nuestra fig. 11); mismo tipo en Perinto (Head, *Historia numorum,* 2ª ed., p. 518). Cf. en Tieo: Zeus y signos del zodíaco (Babelon y Reinach, *ibid.,* p. 633, n. 130); en Amastris: Zeus y Hera, en torno a los signos del zodíaco (*ibid.,* p. 155, n. 168).

180 Mariette, *Recueil de pierres gravées,* I, 1 = S. Reinach, *Pierres gravées,* fig. 82 = Chabouillet, *Catalogue des camées,* n. 2391. Cf. Babelon, *Catalogue des camées de la Bibliothèque Nationale,* 1897, p. 395.

181 Cabinet d'Orléans, I, fig. 97 = S. Reinach, *Pierres gravées,* fig. 127.

182 El Atlas de la villa Albani, si la restauración es exacta, sostenía un Júpiter entronizado en medio del zodíaco (solo Virgo y Libra son antiguos); cf. Helbig, *Führer Sammlung,* 3ª ed., n. 1929; Thiele, *Himmelsbilder,* p. 25. Sobre el globo de Arolsen: águila y rayo de Júpiter con el zodíaco (*supra,* p. 11 y n. 107). Comparar la lista de Gädechens, *Himmelsglobus,* n. 11-27.

183 Gori, *Museum Florentinum,* II, 88, 3 = S. Reinach, *Pierres gravées,* fig. 79 y p. 67; cf. *ibid.,* fig. 86 y p. 96; Wernicke en Roscher, *Lexikon der Mythologie, s. v.* «Pan», col. 1467-ss.

184 Cf. Gädechens, *Himmelsglobus,* p. 65-71.

185 *Ibid.,* p. 54-ss.; cf. *supra,* notas 177, 179, y 181. Marte, planeta protector de los soldados, en el zodíaco: amuleto en Matter, *Histoire critique du gnosticisme,* fig. VIII, 8; cf. *supra,* n. 180.

186 Moneda de Egas: Müller-Wieseler, vol. II, fig. LXXII, n. 920; cf. Pick, «Jahrbuck des Kaiserlichen Deutschen Archäologischen Instituts», XIII, 1898, p. 142, n. 15. Talla: Mariette, *Recueil de pierres gravées,* II, 35 = S. Reinach, *Pierres gravées,* fig. 100 y p. 106; Chabouillet, *Catalogue des camées,* n. 2382; cf. Gädechens, *Himmelsglobus,* n. 60-64 y p. 45-ss; Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie,* s. v. «Gorgo», col. 1644,1646.

187 *Supra,* p. 6 y n. 36.

188 Gädechens, *Himmelsglobus,* n. 59; cf. Helbig, *Führer Sammlung Rom.,* 3ª ed., n. 337. Se cree que estas marcas fueron tejidas en la tela del vestido; cf. *supra,* p. 9 y n. 86.

189 Thraemer, en Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie,* II, 1896, s. v., *Asklepios,* col. 1662.

190 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 517-ss.

191 Talla, usada probablemente como talismán: Esculapio e Higía; debajo, luna creciente y Venus (?); alrededor, el zodíaco (Müller-Wieseler, fig. LXI, n. 785). Lámina de bronce con la siguiente dedicatoria: *Aesculapio sacrum (Corpus inscriptionum latinarum,* VI, 1) tras el Sol, Cáncer, Escorpio y Piscis, es decir, uno de los trígonos zodiacales (Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 169-ss, 199-ss). El mismo trígono aparecía sobre una piedra grabada de Florencia (Gori, *Museum Florentinum,* II, fig. 89, 4 = S. Reinach, *Pierres gravées,* fig. 69 y p. 68). Cf. *supra,* p. 14 y n. 142.

192 Gädechens, *Himmelsglobus,* n. 72-74. Cf. Furtwängler, *Beschreibung der geschnittenen Steine im Antiquarium,* 1896, n. 6736: «Niké con corona y palma bajo el signo de Capricornio. Capricornio, signo de Augusto (*supra,* p. 13), se había convertido en el señor de la victoria.

193 Characis, en C. Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum,* III, p. 640, fr. 19; cf. mi *Mystères de Mithra,* vol. II, p. 69.

194 Cabinet d'Orléans, II, fig. 34 = S. Reinach, *Pierres gravées,* fig. 129 y p. 143.

195 Cf. Deubner, «Mitteilungen des Kaiserlich-Deutschen Archaeologischen Instituts, Römische Abtheilung», XXVII, 1912, p. 17; Helbig, *Führer Sammlung Rom,* 3ª ed. n. 123. Cf. Stevenson, *Dictionary of roman coins,* Londres, 1889, p. 927: Adriano sostiene el globo mientras cabalga el fénix, en el círculo del zodíaco, con la leyenda SAECVLVM AVREVM.

196 Gädechens, *Himmelsglobus,* n. 79-ss.

197 Este díptico, que en el pasado recibió el erróneo nombre de Apoteosis de Rómulo (Millin, *Galerie mythologique,* II, fig. CLXXVIII, n. 639), ha sido estudiado recientemente por Graeven («Mitteilungen des Kaiserlich-Deutschen Archaeologischen Instituts», XXVIII, 1913, p. 271-ss.; cf. Strong, *Apotheosis and afterlife,* 1915, p. 227, fig. XXXI), que ha aclarado el significado, pero que pretende, de manera errónea, reconocer en los dos genios de los Vientos a Hipnos y a Tánatos. Los Vientos, que transportan las almas, aparecen con frecuencia en la escultura funeraria; cf. «Jahreshefte des Österreichischen Archäologischen Institutes in Wien», vol. XII, 1910, p. 213.

198 Sarcófago de Marte y Rea Silvia en el palacio Mattei (Matz-Duhn, *Antike Bildwerke in Rom,* II, n. 2336); Leo, Virgo, Escorpio junto a la asamblea de los dioses. Sarcófago con el mito de Endimión, en el palacio Doria (*ibid.,* n. 2717 = Robert, *Sarkophagreliefs,* III, n. 77, fig. XX): en un ángulo Helios sobre su cuadriga junto a un fragmento del zodíaco. Idéntica representación en un sarcófago con el Juicio de Paris, en la villa Médici (*ibid.,* vol. II, n. 2; cf. Graeven, *Heidnische Diptychen,* p. 292).

199 Montfaucon, *L'Antiquité expliquée,* vol. I, fig. III (*Suppl.*); Matz-Duhn, *Antike Bildwerke in Rom,* vol. II, n. 3016. Cf. Strong, *Apotheosis and afterlife,* fig. XXXII.

200 Cf. Cumont, «Revue archéologique», vol. IV, 1916, p. 6-ss.

201 S. Reinach, *Répertoire de reliefs,* I, fig. 168; Strong, *Apotheosis and afterlife,* p. 226, fig. XXX.

202 Clemente de Alejandría, *Stromata,* V, 14, 103; cf. *Inni orfici,* XII, 12; Servio, *Ad Aeneidem,* VI, 395; Juan Lido, *De mensibus,* IV, 67 (p. 121, 19 Wünsch).

203 Clemente de Alejandría, *loc. cit.* Cf. *supra,* p. 17 y n. 176.

204 Hegemonius, *Acta Archelai,* 8 (p. 12 Beeson).

205 *Pistis Sophia,* ca. 138-140 (p. 236-ss., trad. Schmidt, *Koptisch-gnostische Schriften*); *Livre de jeu,* c. 51 (p. 321, Schmidt; Porfirio, *De abstinentia,* IV, 16. Cf. Cumont, *La roue á puiser les*

âmes («Revue d'histoire des religions», 1915, LXXII, p. 384).

206 Por ejemplo *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* III (*Mediolan.*), p. 41-46. Cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque*, p. 316.

207 Kopp, *Palaeographia critica,* vol. III, 1829, p. 327. Una serie considerable de piedras de esta naturaleza ha sido reunida por Gori, *Thesaurus gemmarum astriferarum,* fig. LXXXIX-ss.; CL-ss.; CLVIII-ss. Véase también Capelli, *Prodromus iconicus sculptilium gemmarum,* 1702, n. 2, 7, 8, 78; Gädechens, *Himmelsglobus,* n. 86-89, etc. Cf. *supra,* p. 18 y n. 191, p. 20 y n. 232.

208 *Catalogus codicum astrologorum*, VI (*Vindobon.*), p. 72-75 (con las 36 figuras); VIII (*Parisin.*), 1, cod. 4, f. 38; cf. «Revue des études grecques», 1907, p. 376.

209 Fírmico Materno, *Mathesis,* IV, 22; Celso, en Orígenes, *Contra Celsum,* VIII, 58. Los decanos son invocados en las *Tabellae devotionis;* cf. Audollent, *Defixionum tabellae,* n. 15, 1. 8; n. 242, 1. 7.

210 Descripción detallada de los decanos Κοσμοκράτορες τοϋ σκότους y de los amuletos que actúan sobre cada uno de ellos, en el *Testamento de Salomón;* cf. Conybeare, *Jewish Quarterly Review*, IX, 1898, p. 6-ss., 36-ss. Cf. Hermes Trismegisto en Estobeo, *Eclogae,* I, 21, 9 (p. 192 Wachsmuth).

211 Decanos que harían las veces del diablo: texto copto de la *Historia Iosephi* en Tischendorf, *Evangelia apocrypha,* 1876, p. 132.

212 Delatte, *Bulletin de correspondance hellénique*, XXXVII, 1913, p. 251.

213 Dieterich, «ABC Denkmäler», en *Rheinisches Museum*, LVI, p. 100-ss. (= *Kleine Schriften,* 1911, p. 202-ss.), Hülsen, «Ein neues ABC Denkmal», XVIII, 1903, p. 73; Reitzenstein, «Poimandres», p. 256-ss.

214 Teucro de Babilonia, en Boll, *Sphaera,* p. 6., cf, 469-ss.; Vecio Valente en *Catalogus codicum astrologorum*, IV (*Italici*), p. 146; cf. *supra,* p. 24.

215 Boll, *Sphaera,* p. 470.

216 Boll, *Aus der Offenbarung Johannis,* 1914, p. 26-ss.

217 *Supra,* p. 9 y n. 83.

218 Petronio, *Satyricon,* 35; cf. Suetonio, *Nerón,* 31, y Gaselee, introducción a la obra *A reproduction of the codex Traguriensis,* Cambridge, 1915, p. 96-ss.; *Anthologiae Graeca,* IX, 822. Plato (¿litúrgico?) de terracota, con el zodíaco en su borde interno, en Robert, *Sarkophagreliefs,* vol. II, p. 178.

219 Un *umbo* de escudo hallado en Newcastle llevaba los signos de Tauro, Acuario y Libra (cf. *supra,* p. 9 y n. 90).

220 *Supra,* p. 6 y n. 35; cf. Cedreno, I, p. 721 Bonn = Cramer, *Anecdota Paris.,* II, p. 337.

221 Mosaico de Sentinum (*supra,* p. 17, n. 172), de Münster (*ibid.*), de Hipona (*supra,* p. 17, n. 175).

222 Mosaico de Lucera (Capitanata): *Bulletino dell'Instituto di corrispondenza archeologica*, XIV, 1842, p. 71; de Orbe (zodíaco con planetas): Blanchet, *Inventaire des mosaïques de la Gaule,* II, 1909, n. 1382; de Avenches: *ibid.,* n. 1393; de Bir Chana, en Túnez (planetas y zodíaco): Gauckler, *Inventaire des mosaïques de l'Afrique,* II, n. 447 = *Catalogue du Musée Alaoui,* 1897, n. 10 y fig. I.

223 Blanchet, *Inventaire des mosaïques de la Gaule,* n. 760, 763, 779, 826, 1090, 1147, 1665, etc.

224 Cf. Piper, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst,* II, 1851, p. 281-ss.; Cabrol y

Leclercq, *Dictionnaire d'archéologie crhétienne,* s. v. «Astres».

225 Cumont, *Mystères de Mithra,* vol. I, p. 220, y *Religions orientales,* 2ª ed., p. 261.

226 Piper, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst,* II, p. 287; Gädechens, *Himmelsglobus,* p. 53; cf. *supra,* p. 12-ss y n. 207. Se dice que un zodíaco ocupaba los dos montantes de la primera puerta norte de la fachada de Notre-Dame de París; Dupuis, en *Origine de tous les cultes,* vol. III, 1795, p. 48, cometió un extraño error al respecto. El zodíaco se encuentra en Issoire, Auvernia (siglo XII), en Reims, en Amiens, en Chartres y otros lugares; cf. Mâle, *L'art religieux du XIIIe siècle en France,* 1902, p. 87-ss., y *supra,* p. 15 y n. 161.

227 Boll, *Aus der Offenbarung Johannis,* Leipzig, 1914, p. 39, 99. El autor piensa en el zodíaco en virtud de la descripción de la Jerusalén celeste con sus doce puertas, y también (cap. 12) en la Virgen celestial con una corona de doce estrellas; cf. *supra,* p. 20 y n. 216.

228 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 608-ss.; cf. *supra,* p. 19 y n. 205. Hemos reproducido más arriba (fig. 4) un bajorrelieve que, según ha sido interpretado, representa a la Virgen de la Luz rodeada del zodíaco.

229 Beausobre, *Histoire de Manichéisme,* 1739, vol. II, p. 584-ss.; cf. *supra,* p. 23 y n. 204, e *infra,* n. 236.

230 De Rossi, *Inscriptiones christianae urbis Romae,* I, n. 172; *Puer Natus A* Ω *divo Ioviano Aug(usto) et Varroniano co(n)sulibus* [= 364 d. C.] *hora noctis IIII... die Saturnis, luna vigesima, signo apiorno* (*sic*).

231 Boldetti, *Osservazioni sopra i cimiteri de' Santi Martiri ed antichi Cristiani di Roma,* Roma, 1720, p. 500 = Kraus, *Realencyclopädie der christlichen Alterthümer, s. v.* «Zodiacus», fig. 545.

232 Montfaucon, *L'Antiquité expliquée,* vol. II, fig. CLIX, CLXVIII, CLXX, etc. Jaspe de Viena (n. 775), reproducido por Thiele, *Himmelsbilder,* p. 71, f. 15; cf. Piper, *Mythologie ud Symbolik der christlichen Kunst,* vol. II, p. 286, y *supra,* p. 19 y n. 207.

233 *Scriptores originum Constantinopolitanarum,* ed. Preger, p. 26, 5; 140, 5; 201, 20; Suidas, *s. v.* «Σοφία»; cf. Maass, *Analecta sacra et profana,* Marburgo, 1901, p. 4-ss.; *Catalogus codicum astrologorum graecorum*, V (*Romani*), 1, p. 118, n. 2.

234 Stevenson, *A dictionary of Roman coins,* Londres, 1889, p. 928.

235 Orosio, *Consultatio sive Commonitorium ad Augustinum,* 2, en Migne, *Patrologia Latina,* XLII, p. 667 (= Prisciliano, ed. Schepss, p. 153-ss.); cf. *Concilium Bracarense,* anni 563, can. 2 (Mansi, IX, p. 775) y *supra,* p. 13.

236 *Epist. Iacob.,* III, 6; cf. Prisciliano, *Tractatus,* I (p. 26, 21 Scheps).

237 Clemente de Alejandría, *Excerpta ex Theodoto (Extractos de Teodoto),* 71 (p. 129 Stählon).

238 Sarcófago de Manosque: Le Blant, *Les sarcophages chrétiens de la Gaule,* 1880, fig. L, p. 142; cf. Leclercq, en Cabrol-Leclercq, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de la liturgie,* p. 3014, fig. 1044. Sarcófago de Arlés: Le Blant, Étude sur les sarcophages chrétiens antiques de la ville d'Arles, 1879, fig. XIV. Sarcófago de Palermo: Garrucci, *Storia dell'arte cristiana,* V, 1878, fig. 349, 4.

239 Clemente de Roma, *Homil.,* II, 23; cf. Piper, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst,* p. 292; Cumont, *Mystères de Mithra,* vol. I, p. 356.

240 Orosio, *Consultatio sive Commonitorium ad Augustinum*; cf. Kopp, *Palaeographia critica,* vol. III, 1829, p. 382-ss.; cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 320, n. 1; 609, n. 1; 623.

241 Piper, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst,* vol. II, p. 298; cf. p. 283.

III

Tipo, carácter e influencia de los doce signos

Hacía falta cierta complacencia para reconocer en los puntos brillantes que se dispersan en el firmamento el dibujo de los personajes u objetos a los que se pretendía ver. De igual manera han variado las representaciones de la esfera, pese a la quietud relativa que aseguraba a esas figuras su carácter sagrado. Los griegos pretendieron vincular las estrellas, entendidas como divinidades, a la religión nacional[242]; el *catasterismo*, o lo que es igual, el movimiento de traslación entre los astros, pasó a ser una cómoda forma de proporcionar a las antiguas fábulas un final feliz; los cuentos poéticos presentaban a los héroes y los animales de las mitologías conviviendo en el cielo bajo el aspecto de unas brillantes estrellas. A menudo, las asimilaciones operadas por la fantasía de los mitógrafos tenían el efecto de alterar la apariencia atribuida a las constelaciones y hacerles mostrar atributos nuevos. No es posible enumerar aquí todas las variaciones que presenta el tipo de cada uno de los doce signos, ni todas las interpretaciones que les fueron propuestas. Nos atendremos a señalar las más importantes[243].

Aries está representado casi siempre en posición rampante, a veces acostado, y generalmente con la cabeza vuelta hacia atrás. En ocasiones salta a través de un aro que representa el coluro del equinoccio[244]. En él reconocemos el carnero de Ammón, o el carnero del Toisón de Oro, o también el que se disputaron Atreo y Tiestes[245].

Del enorme *Tauro,* girado en sentido opuesto a Aries, solo se percibió primeramente la parte delantera, la cabeza inclinada. Más tarde apareció enteramente agazapado, o erguido, o corriendo, pero en general conservaba los cuernos. Podría ser el toro de Europa, o de Pasifae, o también la vaca Ío, o bien el buey Apis.

Géminis son dos jóvenes entrelazados o cogiéndose la mano, de pie o sentados. En tiempos remotos se los identificó con Hércules y Apolo, que son a su vez, uno y otro, sustitutos del dios babilonio Nergal[246], y tienen, pues, como atributos, la maza y la lira, o a veces el trípode respectivamente. Era más común ver en ellos a los Dioscuros, que llevan la túnica corta, razón por la cual las dos estrellas más brillantes

de la constelación se llaman todavía Cástor y Pólux. También se reconocía a los hermanos tebanos Anfión y Zeto, uno con la lira, el otro con el cetro, o a Teseo y Hércules, o a Fósforo y Héspero, o, finalmente, a los Cabiros de Samotracia. La pareja amical de los dos gemelos fue posteriormente transformada en un muchacho y una muchacha enamorados[247].

Cáncer es siempre un voluminoso cangrejo que, tras haber mordido a Hércules en el talón en las ciénagas de Lerné, fue subido al cielo por Hera. Los teólogos convertían a Cáncer y Capricornio en las puertas por las cuales las almas ascendían y descendían del cielo[248].

Leo, que aparece casi siempre en actitud rampante, era el león que Hércules había asfixiado en Nemea. Lleva como detalle excepcional una corona estrellada, ya que tal es el emblema real (p. 48).

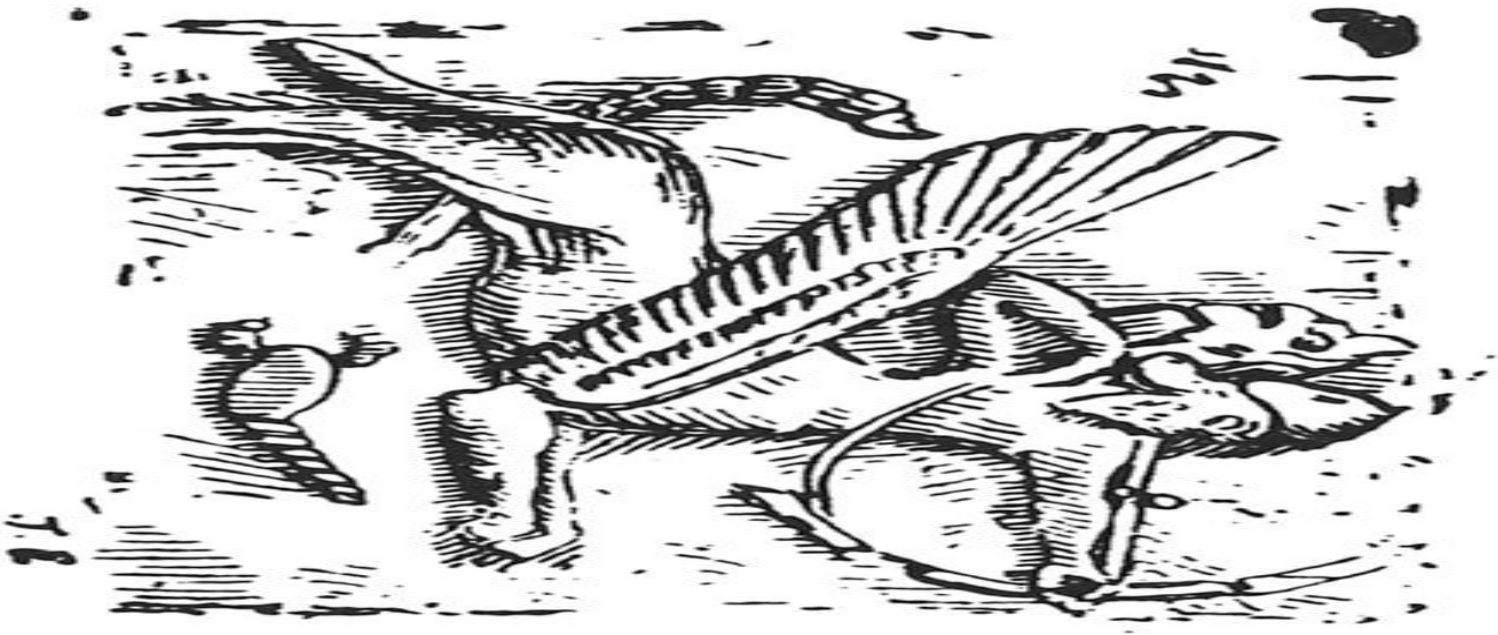
Virgo, concebida, estéril o fecunda[249], es el signo sobre el cual más se ha aplicado la imaginación de los mitógrafos. El tipo más antiguo parece ser una mujer alada, castamente vestida, que sujeta un ramo de espigas (la Espiga es una estrella de principal grandeza.) Fue llamada, naturalmente, Deméter, pero se asimiló también a la Isis egipcia[250] y a la Derceto siria, y participó del carácter múltiple de estas divinidades panteas[251]. Fue convertida en una Tique y se le otorgó el cuerno de la abundancia; en una Afrodita y aparecía desnuda, algunas veces con un velo flotante; en una Iris, y llevaba entonces el caduceo; o bien, como diosa alada, adoptó la palma y la corona de la Victoria. Se la nombró también Astrea o Dice o Ilitía[252] o Erígone, hija de Ícaro[253]. No hay constelación más disputada que esta.

Libra, el último en llegar de los doce signos (p. 31), fue antes de nada, sencillamente, el instrumento cuyos platillos sustituían a las pinzas de Escorpio, y que se antojaban, en virtud de su equilibrio, un símbolo apropiado del equinoccio. Más tarde se hizo que la portase un muchacho o una mujer vestida, que no es otra que la Justicia, representada con frecuencia en las monedas imperiales. Las variaciones en los detalles son muy numerosas.

Escorpio se conserva casi sin cambios desde la época babilonia (p. 12), salvo por el hecho de que la inserción de Libra le obliga a retraer sus pinzas. Este animal, importado de Oriente, se había convertido en Grecia en el escorpión que, enviado por Ártemis, había picado al cazador Orión; ya que Orión desaparecía cuando Escorpio se elevaba sobre el horizonte.

Sagitario[254] era, en Babilonia, un arquero monstruoso, alado, con torso de hombre y cuerpo de caballo, aprestado de una doble cabeza y de una doble cola, una de las cuales es la de un escorpión (fig. 14, p. 82)[255]; aspecto aproximado con el que aún aparecía en los zodíacos

egipcios. Los griegos lo humanizaron todavía más: lo convirtieron en un centauro que saltaba y tiraba con el arco, y vieron en él a Quirón. Otro tipo, menos frecuente, es el de un arquero provisto de un par de piernas y una cola de caballo. Este tirador bípedo, al igual que el cuadrúpedo, fue probablemente adoptado de los babilonios; pero los griegos quisieron reconocer en él a un sileno o un sátiro, y más concretamente a Croto, amigo de las Musas[256].



Del mismo modo a *Capricornio,* cabra con cola de pez, se le representa bajo esta apariencia dimorfa desde sus orígenes caldeos. Lo que sucede es que se le suprime su cola marina o se le adhiere, en Roma, un cuerno de la abundancia o un globo, puesto que se trata del emblema de Augusto. Los griegos lo convirtieron en el dios Pan o Egipán, alimentado por la cabra Amaltea.

Acuario es representado unas veces por una simple jarra, de la que el agua escapa en abundancia, y más a menudo por un muchacho que derrama su ánfora sobre Piscis, ya sea sujetándola ante sí, ya sea vertiéndola por encima de su hombro. Tiene a veces dos ánforas, quizá símbolos primitivos del Tigris y el Éufrates[257]. Se le consideraba imagen del Erídano[258], y por esa razón es posible que tome la apariencia de un río acostado; o de Ganímedes, en cuyo caso está vestido con un atuendo oriental; esto es, una túnica con mangas y un anaxirides o pantalón bombacho[259]. También era considerado imagen de Cécrope, que ofrece el agua a los dioses; de Deucalión, a causa del diluvio; de Aristeo, que obtiene la lluvia del cielo[260].

Piscis está representado por dos peces tendidos en paralelo, en sentido opuesto el uno del otro, y en general sus cabezas aparecen unidas por un ligamento transversal, el hilo del sedal (λίνον). Los caldeos representaban al pez del norte con una cabeza de golondrina[261], que los griegos suprimieron; pero estos preservaron el recuerdo de que se trataba de los peces de Atargatis, la Afrodita siria, ya fuera nacida de un huevo sacado del Éufrates por los peces, ya fuera que, perseguida, se tirara al agua y se convirtiera en pez[262].

Todas estas fábulas astrales no se limitan a tener una importancia iconográfica (las imágenes tradicionales grabadas en nuestros mapas celestes son los matojos de una vegetación frondosa de leyendas), y tampoco a ser un simple juego mental de poetas y mitólogos. En verdad tuvieron importantísimas consecuencias prácticas, puesto que la identificación de una constelación con un héroe o un dios ejercía una notable influencia sobre el poder que los astrólogos le atribuían. Las influencias zodiacales, tal y como los autores las exponen, si bien de una manera harto confusa[263], deben explicarse, como las restantes influencias siderales, por motivos de diferente índole. Pueden, pues, deberse:

1. A la naturaleza propia de cada uno de los signos: Aries, a causa de su toisón, formaba pañeros y sastres.
2. Al carácter que la mitología les prestaba: puesto que uno de los Géminis era Apolo, éstos formaban músicos.

3. A una razón astronómica: Leo, al tratarse del signo del mes de agosto, hace que los hombres y las bestias mueran sofocados o quemados.
4. A una razón astrológica, a menudo bastante arbitraria: Escorpio es un signo de agua, ya que forma parte del mismo trígono que Piscis y Cáncer.

No podemos detenernos en las múltiples cualidades que los astrólogos reconocían en los doce signos, clasificados como masculinos y femeninos, humanos y animales, fecundos y estériles, parlantes y mudos, simples y geminados, en plena carrera, rampantes, sentados o acostados, y así sucesivamente. Aún menos podemos señalar las alteraciones que sufren a cada instante los efluvios zodiacales, como consecuencia de la posición de los signos en el cielo y de los planetas en los signos, de sus asociaciones con los otros signos y con los paranatelones (p. 26), de su división en decanos (p. 22) y *confines* (p. 44) y de los ocho o doce *domicilios* (τόποι), calculados a partir del horóscopo, que les eran superpuestos. El zodíaco es la viga maestra de todo el andamio astrológico; a él se aferra la mayoría de las teorías, y no podemos sino remitir a los tratados especializados en el estudio de sus influencias, sempiternamente variables, que se combinan y se yuxtaponen.

Pero, junto a estas acciones movientes y transitorias, las hay estables y permanentes, fundadas sobre la correspondencia que se establecía entre los signos y ciertas creaciones de la naturaleza o del espíritu. Ya hemos señalado las relaciones que se suponía existían entre el zodíaco y los doce dioses (p. 55-56), los doce meses (p. 53), las doce horas (p. 14), las veinticuatro letras (p. 70), las partes del cuerpo (p. 50) y una serie de doce animales (p. 57-58). Se le atribuía también el patronazgo de doce plantas[264], de doce países o grupos de países[265], y se establecía una relación entre los tres signos que formaban un trígono, es decir, los vértices de un triángulo trazado en el interior de una esfera, y los cuatro elementos[266], los cuatro vientos o los puntos cardinales[267]. Resumiremos aquí, en una tabla, estas correspondencias, no sin hacer observar que cada país sustituiría el sistema indicado, que es el más antiguo[268], por otros más complejos, en virtud del desarrollo de los conocimientos geográficos.

	ARIES ♈	TAURO ♉	GÉMINIS ♊	CÁNCER ♋	LEO ♌	VIRGO ♍
Horas	I	II	III	IV	V	VI
Meses	Abril [Marzo]	Mayo [Abril]	Junio [Mayo]	Julio [Junio]	Agosto [Julio]	Septiembre [Agosto]
Dioses	Minerva	Venus	Apolo	Mercurio	Júpiter	Ceres
Letras	AN	BX	ΓO	ΔΠ	EP	ZΣ
Animales	Gato Αἴλουρος	Perro Κύων	Serpiente Ὄφις	Escarabajo Κάνθαρος	Burro Ὄνος	León Λέων
Plantas	Salvia Ἐλελίσφακος	Verbena Περιστερεών	¿Verbena olorosa? Περιστερεών ὔπτιος	Consuelda Σύμφυτον	Ciclamen Κυκλάμινον	Poleo Καλαμίνθη
Partes del cuerpo	Cabeza	Cuello	Hombros	Pecho	Estómago y caderas	Abdomen
*Países**	Persia	Babilonia	Capadocia	Armenia	Asia	Hélade, Jonia
Elementos	Fuego	Tierra	Aire	Agua	Fuego	Tierra
Vientos o puntos cardinales	Ἀπηλιώτη Este	Νότος Sur	Λίψ Oeste	Βορράς Norte	Ἀπηλιώτης Este	Νότος Sur

	LIBRA ♎	ESCORPIO ♏	SAGITARIO ♐	CAPRICORNIO ♑	ACUARIO ♒	PISCIS ♓
Horas	VII	VIII	IX	X	XI	XII
Meses	Octubre [Septiembre]	Noviembre [Octubre]	Diciembre [Noviembre]	Enero [Diciembre]	Febrero [Enero]	Marzo [Febrero]
Dioses	Vulcano	Marte	Diana	Vesta	Juno	Neptuno
Letras	ΗΤ	Θγ	Ιφ	ΚΧ	ΛΨ	ΜΩ
Animales	Chivo Τράγος	Toro Ταύρος	Gavilán Ἱέραξ	Mono Κυνοκέφαλος	Ibis Ιβις	Cocodrilo Κροκόδειλος
Plantas	Girasol Σκορπίουρος	Artemisa Ἀρτεμισία	Pimpinela Ἀναγαλίς	Acedera Ακπαθον	Hinojo Μκραθρον	Candil Ἀριστολοχία
Partes del cuerpo	Nalgas	Pubis	Muslos	Rodillas	Piernas	Pies
Países	Libia, Cirenaica	Italia	Cilicia, Creta	Siria	Egipto	Hélade, Jonia
Elementos	Aire	Agua	Fuego	Tierra	Aire	Agua
Vientos o puntos cardinales	Λίψ Oeste	Βορρᾶς Norte	Ἀπηλιώτης Este	Νότος Sur	Λίψ Oeste	Βορρᾶς Norte

* Indicamos la repartición más antigua; para los sistemas posteriores, cf. Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque*, p. 328-ss.

242 Las principales fuentes de la mitología zodiacal son los *Phaenomena* de Arato (ed. Maass, 1893), con los comentarios (*Commentariorum in Aratum reliquiae*, ed. Maass, 1898); los *Aratea* de Cicerón y sobre todo de Germánico (ed. Baehrens, 1899) con los escolios (ed. Breysig, 1867); los Καταστερισμοί (Catasterismos) de Eratóstenes (ed. Olivieri, 1897); *De astronomia* de Higino (ed. Bunte, 1875); el *Liber memorialis* de Ampelio, 2 (ed. Wölfflin, 1873); pero es posible encontrar numerosas indicaciones en otras partes, especialmente entre los astrólogos; cf. por ejemplo *Catalogus codicum astrologorum graecorum*, V, 1, p. 210; VIII, 3, p. 120-ss.

243 Acerca de la iconografía del zodíaco, cf. Gädechens, *Himmelsglobus,* p. 54-57; Thiele, *Himmelsbilder,* p. 64-72; Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 130-ss.; cf. Boll, *Sphaera,* p. 121-ss. y *passim*; Cumont, *Mystères de Mithra,* vol. I, p. 112; Bethe, «Rheinisches Museum», LV, 1900, p. 419-ss.; Graeven, «Mitteilungen des Kaiserlich-Deutschen Archaeologischen Instituts», XXVIII, 1913, p. 294-ss.

244 Cf. Boll, *Offenbarung Iohannis,* p. 41.

245 Los textos latinos se encuentran reunidos en *Thesaurus linguae latinae, s. v.,* «Aries».

246 Boll, *Sphaera,* p. 125.

247 Gädechens, *Himmelsglobus,* p. 54-57; cf. Boll, *Sphaera,* p. 235, n. 1.

248 Porfirio, *De antro nympharum,* 22; Macrobio, *Somnium Scipionis,* I, 12, 1; *Sat.*, I, 17, 63; cf. Servio, *In Vergilii Georgica commentarii,* I, 34. Otros textos latinos acerca de Cáncer en el *Thesaurus linguae latinae, s. v.,* p. 229.

249 «Comptes rendus des Séances de l'Académie des Inscriptions et belles-lettres», 1911, p. 293-ss.

250 Boll, *Sphaera,* p. 214.

251 Cf. *Corpus inscriptionum latinarum,* VII, 759 = Bücheler, *Carmina latina epigraphica,* n. 29.

252 Boll, *Sphaera,* p. 212 *passim.*

253 Manilio, *Astronomica,* IV, 189.

254 Acerca de las transformaciones de Sagitario, cf. Boll, *Sphaera,* p. 188-96; Bethe, «Rheinisches Museum», LV, 1900, p. 427-ss.

255 Sagitario grabado sobre un cipo del siglo XX a. C. (British Museum, 101) según Perrot y Chipier, *Histoire de l'art dans l'antiquité,* III, p. 604.

256 Eratóstenes, Καταστερισμοί (Catasterismos), 25. Higino, *De astronomia*, II, 27, que sigue a Sosíteo.

257 Boll, *Sphaera,* p. 137.

258 *Ibid.,* p. 235.

259 Thiele, *Himmelsbilder,* p. 67, fig. 12 = S. Reinach, *Pierres gravées,* LXIX (Gori, *Museum Florentinum,* v. II, 88, 4).

260 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque,* p. 146. Los textos latinos se encuentran reunidos en *Thesaurus linguae latinae, s. v.* «Aquarius», p. 367.

261 Boll, *Sphaera,* p. 132.

262 Cf. Cumont, *Dea Syria,* en Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie,* col. 2241.

263 Todos los astrólogos trataron el zodíaco, en particular Manilio (lib. II y IV), Ptolomeo (*Tetrabiblos,* I, 7-ss), Vecio Valente (I, 2, p. 5-14 Kroll), Fírmico Materno (lib. II, Kroll y Skutsch), Antíoco Retorio [*Catalogus codicum astrologorum graecorum,* I, (*Florentini*), p. 144], Pablo de Alejandría (ed. Schato, 1586, 1), etc.

264 Harpocración o Hermes Trismegisto; cf. *Catalogus codicum astrologorum graecorum,* VIII (*Parisini*), III, p. 139-ss.

265 Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque*, p. 328-ss. (corografía y etnografía astrológica). Un fragmento bizantino publicado por Ludwich, *Maximi et Ammonis reliquiae,* 1877, p. 119, contiene, entre otras indicaciones, una repartición geográfica de otro género: praderas, labrantíos, montañas, pantanos, arboledas, desiertos, campos de grano, barbechos en los llanos, viñas en las montañas, viñas en los llanos, , huertos, riegos, ríos, mares, estanques.

266 Pablo de Alejandría, Εἰσαγωγικά (Introducción), 1; cf. Vecio Valente, I, 2, etc. Sobre los trígonos, cf. *supra,* p. 14 y n. 142; p. 18 y n. 191.

267 Pablo de Alejandría, Εἰσαγωγικά (Introducción), 1; cf. Antíoco, *Catalogus codicum astrologorum graecorum*, VIII (*Parisini*), 3; p. 112, 20; Bouché-Leclercq, *L'Astrologie grecque*, p. 199-ss.

268 Cf. *supra,* p. 4 y n. 18.

Bibliografía

—, *Catalogus codicum astrologorum graecorum*, Bruselas, H. Lamertin (1898).

Amelung, Walther y Georg Lippold, *Die Sculpturen des Vaticanischen Museums*, Berlín, Reimer (1903-08).

Babelon, Ernest, *Catalogue des monnaies grecques de la Bibliothèque Nationale*, París, C. Rollin & Feuardent (1890-1893).

—, *Catalogue des camées antiques et modernes de la Bibliothèque Nationale*, París, Leroux (1897).

—, *Inventaire sommaire de la collection Waddington, acquise par l'état en 1897 pour le departement des médailles et antiques de la Bibliothèque Nationale*, París, C. Rollin & Feuardent (1897).

—, *Le Trésor d'argenterie de Berthouville, près Bernay, Eure, conservé au Département des médailles et antiques de la Bibliothèque Nationale*, París (1916).

Bethe, Erich, «Das Alter der griechischen Sternbilder», en *Rheinisches Museum für Philologie*, vol. 55 (1900).

Biot, Jean-Baptiste, «Mémoire sur le zodiaque circulaire de Denderah», en *Mémoires de l'Institut Royal de France*, Académie des inscriptions et belles-lettres, vol. XVI, 2ª parte: «Analyse critique des representations zodiacales de Denderah et d'Esné», París, Firmin Didot Frères (1846).

Blanchet, Adrien, *Inventaire des mosaïques de la Gaule*, París, Leroux (1909-15).

Boll, Franz, «Beiträge zur Überlieferungsgeschichte der griechischen Astrologie und Astronomie», Múnich, Sitzungsberichte der Bayerische Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-philologische und historische Klasse [Real Academia de las Ciencias de Baviera, estudios de Filosofía, Filología e Historia], (1899), p. 77-140.

—, *Sphaera. Neue griechische Texte und Untersuchungen zur Geschichte der Sternbilder*, Leipzig, B. G. Teubner (1903).

—, «Der ostasiatische Tierzyklus im Hellenismus», en *T'oung-Pao*, vol. 13, Leiden, E. J. Brill (1912).

Bouché-Leclercq, Auguste, *L'astrologie grecque*, París, Leroux (1889).

Bruand, Anne-Joseph, *Dissertation sur une mosaïque découverte près de la ville de Poligny (Jura)*, París, Michaud (1816).

Brugsch, Heinrich, *Recueil de monuments égyptiens dessinés sur lieux*, Leipzig (1862).

—, *Thesaurus inscriptionum aegyptiacarum*, Lepizig (1883-91).

Budge, Ernest A. Wallis. *The history of Alexander the Great, being the Syriac version of the Pseudo-Callisthenes*, Cambridge University Press (1889).

Capello, Antonio, *Prodromus iconicus sculptilium gemmarum, basilidiani, amulectici, atque talismani generis de Musæo Antonii Capello*, Venecia (1702).

Chavannes, Édouard, «Le Cycle turc des douze animaux», en *T'oung-Pao*, serie II, vol. VII,

Leiden, E. J. Brill (1906).
Chwolson, Daniel, *Die Ssabier und der Ssabismus*, San Petersburgo, Imprenta de la Academia Imperial de las Ciencias (1856).
Clarac, Frédéric de, *Musée de sculpture antique et moderne, ou, Description historique et graphique du Louvre et de toutes ses parties*, París, Imprenta Real (1841-53).
Cumont, Franz, *Textes et monuments figurés relatifs aux mystères de Mithra*, Bruselas (1896-99).
—, *Notice sur deux bas-reliefs mithriaques*, París, Ernest Leroux (1902).
—, «La plus ancienne géographie astrologique», en *Kilo*, Leipzig, Dieterich'sche Verlagsbuchhandlung (1909).
—, «Le Natalis Invicti», en *Comptes-rendus des séances de l année. Académie des inscriptions et belles-lettres*, París, vol. 55 (1911).
—, *Astrologica*, París, Ernest Leroux (1915).
—, «La Roue à puiser les âmes du Manichéisme», en *Revue de l'histoire des religions*, vol. 72 (1915).
—, «Un fragment de sarcophage judéo-païen», en *Revue archéologique*, IV (1916).
—, «Les religions orientales dans le paganisme romain: conférences faites au Collège de France», en *Annales du Musée Guimet, Bibliothèque de Vulgarisation*, vol. 24, París, Leroux (1929).
Daressy, Georges*, Une ancienne liste des décans égyptiens*, El Cairo, Imprenta del Instituto francés de Arqueología oriental (1900).
—, «Notes et remarques», en *Recueil de travaux relatifs è la philologie et è d'archéologie égyptiennes et assyriennes*, vol. 26 (1904).
Darmesteter, James, *Ormazd et Ahriman*, París, Vieweg (1877).
Dattari, Giovanni, «Appunti di numismatica alessandrina, IX-XIII», en *Rivista italiana di numismatica*, 1901/3-4 ; 1902/1-2.
Delatte, Armand, «Études sur la magie grecque: un bas-relief gnostique», en *Revue de Philologie Classique*, vol. 17 (1913).
Deonna, Waldemar, *Talismans magiques trouvés dans l'île de Thasos*, París, Leroux (1907).
—, «Questions d'archéologie religieuse et symbolique», en *Annales du Musée Guimet: Revue de l'histoire des religions* (1913-20).
Diels, Hermann y Walther Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlín, Weidmannsche Buchhandlung (1906-10).
Domaszewski, Alfred von, «Die Thierbilder der Signa», en *Archäologisch-epigraphische Mitteilungen aus Österreich-Ungarn*, vol. 15 (1892).
Dupuis, Charles-François, *Mémoire explicatif du zodiaque chronologique et mythologique*, París (1806).
Durrieu, Paul, *Les très riches heures de Jean de France, Duc de Berry*, París, Plon (1904). [Trad. al español de Adela Rodríguez Vargas, *Las muy ricas horas del duque de Berry*, Madrid, Casariego, 1989].
Duruy, Victor, *Histoire des Romains depuis les temps les plus reculés jusqu'*à *l'invasion des barbares*, París (1879-85).
Edhem, Ïsmail Galib, *Catalogue des monnaies turcomanes*, Constantinopla, Mihran (1894).
Engelmann, Richard, «Das Mosaik von Sentinum», en *Archäologischen Zeitung*, año XXXV, Berlín (1877).

Espérandieu, Emile, *Recueil général des bas-reliefs de la Gaule romaine*, Farnborough, Gregg Press (1907-38).

Fabricius, Johann Albert, *Bibliotheca Graeca; sive, Notitia scriptorum veterum Graecorum quorumcumque monumenta integra aut fragmenta edita exstant tum plerorumque e mss. ac deperditis; curante G. Ch. Harles*, Hamburgo (1790-1806).

Froehner, Wilhelm, *Notice de la sculpture antique du Musée du Louvre*, París, Libreros impresores reunidos (1869-89).

Gaedechens, Rudolph, *Der Marmorne Himmelglobus des fürstlich Waldeckischen Antikencabinets zu Arolsen*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht (1862).

Gardthausen, Victor, *Augustus und seine Zeit*, Leipzig, B. G. Teubner (1891-1904).

Grueber, Herbert Appold y Reginald Stuart Poole, *Roman Medallions in the British Museum*, Londres, British Museum (1874).

Gsell, Stéphane, *Les Monuments antiques de l'Algérie*, París (1901).

Head, Barclay V., *Historia numorum: a manual of Greek numismatics*, Oxford, Clarendon Press (1911).

Heeg, Josef, *Die angeblichen Orphischen Erga kai hemerai*, Múnich, Wolf (1907).

Helbig, Wolfgang, *Führer durch die öffentlichen Sammlungen klassischer Altertümer in Rom*, Leipzig, Teubner (1899).

Hill, George Francis, *Catalogue of the Greek coins in the British Museum. Phoenicia*, Londres (1910).

Humann, Karl y Otto Puchstein, *Reisen in Kleinasien und Nordsyrien, ausgeführt im auftrage der K. preussischen akademie*, Berlín, Reimer (1890).

Jacoby, Felix, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Berlín, Weidmann; Leiden, E. J. Brill (1926).

Jastrow, Morris, *Die Religion Babyloniens und Assyriens*, Giessen, Töpelmann (1912).

Jollois, Jean-Baptiste-Prosper y Édouard de Villiers, *Description de l'Égypte, ou Recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'expédition de l'armée française, publié par ordre du gouvernement. Antiquités, Descriptions*, París, Imprenta Imperial (1809).

Kopp, Friedrich, *Palaeographia critica*, Manheim, publicado por los autores (1817-1829).

Labus, Giovanni, *Museo della Reale Accademia di Mantova*, Mantua, Arco e Negretti (1837).

Lacau, Pierre, *Sarcophages antérieurs au Nouvel Empire*, El Cairo, Imprenta del Instituto francés de Arqueología oriental (1904-06).

Lane-Poole, Stanley, *The Coins of the Moghul Emperors of Hindustan by Stanley Lane-Poole and Reginald Stuart Poole*, Londres (1892).

Letronne, Antoine-Jean, *Observations critiques et archéologiques sur l'objet des représentations zodiacales qui nous restent de l'antiquites*, París, Librairie Auguste Boulland (1824).

Letronne, Joseph Thouvenin, *Recherches pour servir à l'histoire de l'Egypte: pendant la domination des Grecs et des Romains; tirées des inscriptions grecques et latines relatives à la chronologie, à l'état des arts, aux usages civils et religieux de ce pays*, París, Boulland-Tardieu, librero (1823).

—, *Analyse critique du recueil d'inscriptions grecques et latines de M. le comte de Vidua*, París, Dondey-Dupré (1828).

Ludwich, Arthur, *Maximi et Ammonis carminum de actionum auspiciis reliquiae. Accedunt*

anecdota astrologica, Leipzig (1877).

Maass, Ernst, *Commentariorum in Aratum reliquiae. Collegit, recensuit, prolegomenis indicibusque instruxit Ernestus Maass*, Berlín, Weidmann (1898).

—, *Die Tagesgötter in Rom und den Provinzen, aus der Kultur des Niederganges der antiken Welt*, Berlín, Weidmann (1902).

—, «Salzburger Bronzetafel mit Sternbildern», en *Jahreshefte des Österreichischen Archäologischen Institutes* [Anuarios de los Institutos arqueológicos austriacos], Viena, vol. 5 (1902).

Macalister, Robert Alexander Stewart, *The Excavation of Gezer, 1902-1905 and 1907-1909*, Londres, John Murray (1912).

Mâle, Emile, *L' art religieux du XIII siècle en France: étude sur l'iconographie du moyen age et sûr ses sources d'inspiration*, París, Colin (1902).

Mariette, Pierre-Jean, *Recueil de pierres gravées antiques*, París, Imprenta de P. J. Mariette (1732-37).

Maspero, Gaston, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, París, Hachette (1875). [Trad. a español de Domingo Vaca, Historia antigua de los pueblos de Oriente, Pamplona, Analecta, 2012].

Migeon, Gaston, *Manuel d'art musulman*, París, Alphonse Picard et Fils (1907).

Millin, Aubin-Louis, *Galerie mythologique*, vols. I-II, París (1811).

Mollien, Érard, «Recherches sur le zodiaque indien», en *Mémoires présentés par divers savants*, s. 1, vol. 3, París, Instituto de France, Académie des inscriptions et belles-lettres (1853).

Mommsen, Theodor, *Die römische Chronologie bis auf Caesar*, Berlín, Weidmann (1858).

Montfaucon, Bernard de, *L'Antiquité expliquée et représentée en figures*, París, F. Delaulne (1722).

Müller, Bruno Albin, *De Asclepiade Myrleano*, Leipzig (1903).

Müller, Karl Otfried y Friedrich Wieseler, *Denkmäler der alten kunst*, Leipzig, Dieterich (1899-1903).

Müntz, Eugène, *Raphaël, sa vie, son œuvre et son temps*, París (1886).

Nöldeke, Theodor, «Miscellen», en *Zeitschrift der deutschen morgenländischen Gesellschaft*, vol. XXV. Leipzig (1871).

Orléans, Louis Philippe Joseph, duque de; Coquille, Henri y Gaspar Michel Leblond, *Description des principales pierres gravées du cabinet de S. A. S. Monseigneur le duc d'Orléans*, París, Pissot, librero (1780-84).

Perdrizet, Paul y Gustave Lefebvre, *Les graffites grecs du Memnonion d'Abydos*, Nancy-París, Berger-Levrault (1919).

Perrot, Georges y Charles Chipiez, *Histoire de l'art dans l'antiquité: Égypte, Assyrie, Perse, Asie Mineure, Grece, Etrurie, Rome*, París, Hachette (1882).

Piper, Ferdinand, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst von der ältesten Zeit bis in's sechzehnte Jahrhundert*, Weimar, Landes-Industrie-Comptoir (1851).

Pococke, Richard, *A description of the East, and some other countries*, Londres, impreso por el autor (1743-45).

Preusser, Conrad, *Nordmesopotamische Baudenkmäler altchristlicher und islamischer Zeit*, Leipzig, J. C. Hinrichs (1911).

Quilling, Fritz, «Mosaik aus Münster bei Bingen», en *Westdt. Zeitschrift für Geschichte und Kunst*

(1901).
Rehm, Albert, *Zu Hipparch und Eratosthenes*, Berlín (1898).
Reinach, Adolphe, «Bulletin épigraphique», en *Revue des études grecques*, vol. XXI, n.º 92, París, Leroux (1908).
Reinach, Salomon, *Répertoire de la statuaire grecque et romaine*, París, Ernest Leroux (1897).
—, *Répertoire de reliefs grecs et romains*, París, Ernest Leroux (1909).
Reinaud, Joseph Toussaint, *Monuments arabes, persans et turcs du cabinet du duc de Blacas et d'autres cabinets*, París (1828).
Riegl, Alois, «Zur spätrömischen Ikonographie der Monate», en *Archäologisch-epigraphische Mitteilungen aus Österreich-Ungarn*, vol. 13, Heidelberg, proyecto de investigación grupal, Universidad de Heildelberg (1890).
Robert, Carl, *Die antiken Sarkophagreliefs: mit Benutzung der Vorarbeiten von Friedrich Matz*, Berlín, Grote (1904).
Roscher, Wilhelm Heinrich, *Ausführliches lexikon der griechischen und römischen mythologie*, Leipzig, B. G. Teubner (1884-1919).
Ruelle, Ch.-Em. y Marcelin Berthelot, *Collection des anciens alchimistes grecs*, París (1887-88).
Sarre, Friedrich y Max van Berchem, *Das Metallbecken des Atabeks Lulu von Mosul in der K. Bibliothek zu München*, Múnich, G. D. W. Callwey (1907).
Saxl, Fritz, *Beiträge zu einer Geschichte der Planetendarstellungen im Orient und im Okzident*, Leipzig (1912).
Schmidt, Carl (tr.), *Die Pistis Sophia: die beiden Bücher des Jeû, unbekanntes altgnostisches Werk*, Leipzig, J. C. Hinrichs (1905).
Schmidt, Nathaniel, «Greek Inscriptions from the Negeb», en *American Journal of Archaeology*, vol. XIV (1910).
Smith, Arthur Hamilton, *A catalogue of sculpture in the Department of Greek and Roman Antiquities*, Londres, British Museum (1892-1904).
Spiegel, Friedrich, *Eranische Altertumskunde*, Leipzig, W. Engelmann (1871-1878).
Stevenson, Seth William, *A Dictionary of Roman coins, republican and imperial*, Londres, G. Bell and Sons (1889).
Strong, Eugénie, *Apotheosis and after life*, Nueva York, E. P. Dutton & Company (1916).
Strzygowski, Josef, *Die Calenderbilder des Chronographen vom Jahre 354*, Berlín, G. Reimer (1888).
Suter, Heinrich, *Die Mathematiker und Astronomen der Araber und ihre Werke*, Leipzig, Teubner (1900).
Svoronos, Jean, *Der athenische Volkskalender: mit fünf Tafeln*, Atenas (1899).
Tannery, Paul, *Autolycos de Pitane*, Burdeos, Imprenta de G. Gounouilhou (1886).
—, *Recherches sur l'histoire de l' astronomie ancienne*, París, Gauthier-Villars (1893).
Thibaut, George, *Astronomie, Astrologie und Mathematik*, Estrasburgo, K. J. Trubner (1899).
Thiele, Georg, *Antike Himmelsbilder*, Berlín, Weidmann (1898).
Usener, Hermann, *Kleine Schriften*, Berlín (1912-14).
Weiss, Ernest, Rehm, Albert y Otto Benndorf, «Zur Salzburger Bronzescheibe mit Sternbildern», en *Jahreshefte des Österreichischen Archäologischen Institutes* [Anuarios de los Institutos arqueológicos austriacos], Viena, vol. 6 (1903).
Wieck, Felix, *Sphaeram Empedoclis quae dicitur*, Leipzig, J. B. Hirschfeld (1897).

Wissowa, Georg; Kroll, Wilhelm y August Friedrich von Pauly, *Paulys Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, Metzler (1894).

Wood, Robert, *The ruins of Palmyra, otherwise Tedmore, in the desert*, Londres (1753).

Worsley, Richard y Ennio Quirino Visconti, *Museo Worslejano*, Milán, Sociedad tipográfica de Clásicos italianos (1834).

Worth, Warwick, *Catalogue of the Greek coins of Galatia, Cappadocia, and Syria*, vol. XX, Londres, British Museum (1899).